



the
REFORMATION

Vol. 52, N° 6

herald

COMPRENDIENDO EL
Santuario

Semana de Oración, 2-11 de diciembre de 2011



EN ESTE NÚMERO

Lecturas
Semana de
Oración

- **Jesús, el Hijo de Dios: la Divinidad de Cristo** 4
¡Dios en carne humana provee más que la fuerza humana!
- **Jesús, el Hijo del Hombre: la Humanidad de Cristo** 8
Ciertamente nuestro Hermano Mayor, aunque sin mancha de corrupción.
- **Jesús, Nuestro Sumo Sacerdote** 12
Él comprende, Él intercede, Él purifica
- **El Nuevo Pacto** 16
Con la ley escrita en nuestro corazón, ahora es posible la victoria.
- **Sangre en el Lugar Santísimo** 20
El santuario del nuevo pacto es purificado por la sangre del propio Hijo de Dios.
- **El Gran Día de Expiación** 24
Ahora es el momento de confesar nuestros pecados y arrepentirse de ellos.
- **Contemplando a Jesús** 28
En este oscuro mundo, nuestra única esperanza es mirar hacia arriba y vivir por la fe.
- **Abrazando la Victoria** 32
Esperanza a través del santuario, expresada en poesía.

Comprendiendo el *Santuario*

Esto es más que una teoría, más que un estudio. Seguir a Cristo en el lugar santísimo del santuario celestial es una experiencia. Esto implica caminar diariamente con Él.

Ciertamente muchos han enfrentado difíciles pruebas durante el año que está concluyendo. Muchos han sufrido angustia y dolor. Pero por la gracia de Dios, y por su gran misericordia—aquí estamos, viviendo aún en la tierra. Hay mucho por lo cual estar agradecidos, mucho por lo cual suplicar ante el trono de la gracia. Hay una verdadera obra delante de cada uno de nosotros en el 2012, por lo tanto, fortalezcámonos espiritualmente.

“Es preciso juntarnos en torno de la cruz. Cristo, y Cristo crucificado, debe ser el tema de nuestra meditación, conversación y más gozosa emoción. Debemos tener presentes todas las bendiciones que recibimos de Dios, y al darnos cuenta de su gran amor, debiéramos estar prontos a confiar todas las cosas a la mano que fue clavada en la cruz por nosotros.”¹

Por favor, comparta estas lecturas con los creyentes aislados y enfermos, recordando:

Sábado, 10 de diciembre de 2011: Oración y ayuno
Domingo, 11 de diciembre de 2011: Ofrenda especial para nuevas misiones.

¡Qué el Señor derrame su gran bendición sobre todos aquellos que le buscan durante este tiempo especial de dedicación!

¹ *El Camino a Cristo*, pág. 75.

Publicación Oficial de la Iglesia Adventista del Séptimo Día Movimiento de Reforma

“La época en que vivimos requiere una acción reformadora”.

—*Joyas de los Testimonios*, tomo 1, pág. 568.

Editor: D. Sureshkumar
Asistente del Editor: B. Monteiro
Traducción: Paulo Devai

THE REFORMATION HERALD (ISSN 0482-0843) destaca artículos sobre doctrina bíblica que enriquecerán la vida espiritual de los que buscan conocer más acerca de Dios. Es publicada trimestralmente por Seventh Day Adventist Reform Movement General Conference, P.O.Box 7240, Roanoke, VA 24019-0240, U.S.A.

Sitio Web: <http://www.sdarm.org>
e-mail: info@sdarm.org

Impreso y distribuido por Reformation Herald Publishing Association. Manuscritos, pedidos, cambios de domicilio, suscripciones, pagos y donaciones deben ser enviados a la dirección abajo escrita. El pago de los gastos de franqueo periódico hacerlo a Roanoke, Virginia 24022.

Impresas y distribuidas en español por Editorial “La Verdad Presente” de los Adventistas del Séptimo Día Movimiento de Reforma. Urb. Las Vegas Mz. H3, Lotes 11, 12, Puente Piedra, Lima—Perú. Telefax 5483808. **e-mail:** verpreb@yahoo.com.ar

SEÑOR ADMINISTRADOR DE CORREOS: envíe cambios de domicilio a: The Reformation Herald P. O. Box 7240, ROANOKE, VA 24019.

Ilustraciones: Advent Digital Media en pág. 14; Good Salt en págs. 24–27; Higher Clips en pág. 3; Joe Maniscalco en pág. 12; Sermon-View.com en tapa y págs. 2, 8, 16, 20, 22, 28, 30; 123RF.com en pág. 32.

El Libro Mayor del Cielo



Al estudiar contabilidad, se enseña un principio básico sobre los deberes significativos implicados en el registro y mantenimiento de la información financiera de los elementos de valor confiados a una cierta entidad—ya sea esta un negocio, organización, iglesia, familia, o lo que sea. El contador debe mantener un registro detallado y preciso de todo lo que pertenece a la entidad, incluyendo desde las mayores sumas hasta el mínimo centavo como un débito o crédito, registrando cada centavo. Esta información es guardada en un libro mayor.

De igual forma, el Creador y Señor del universo también mantiene esta misma clase de registros vitales. En este caso, los recursos más valiosos en su redil son almas humanas hechas a su misma imagen. Él guarda en un libro mayor sus nombres y conserva un minucioso detalle de todos sus hechos—tanto buenos como malos. Es su ferviente deseo de hacerlos el 100% a prueba de fuego para la eternidad, pero no hará esto sin nuestro completo y coherente consentimiento y confianza permanente en Él.

En 1879, el Señor proporcionó en visión una escena imponente del gran día de la ejecución de su juicio. Ante los miles de ángeles que rodean su trono, fue abierto un libro con el título “Libro Mayor del Cielo,” escrito en letras de oro que parecían una ardiente llama de fuego. Los nombres y las buenas acciones estaban registrados allí.

Entonces fue abierto otro libro. Éste contenía los pecados de aquellos que afirmaban creer en la verdad:

“Bajo el encabezamiento del egoísmo venían todos los demás pecados. Había también encabezamientos en cada columna, y debajo de ellos, junto a cada nombre, estaban registrados en sus respectivas columnas los pecados menores.

“Bajo la codicia venían la mentira, el robo, los hurtos, el fraude y la

avaricia; bajo la ambición venían el orgullo y la extravagancia; los celos encabezaban la lista de la malicia, la envidia y el odio; y la intemperancia, otra larga lista de crímenes terribles, como la lascivia, el adulterio, la complacencia de las pasiones animales, etc. Mientras contemplaba esto me sentía abrumada de angustia indecible, y exclamé: ‘¿Quién puede salvarse? ¿Quién puede ser justificado delante de Dios, cuyas vestiduras están sin mancha? ¿Quién está sin defecto a la vista de un Dios puro y santo?’”¹

Un asunto solemne para reflexionar

“Mientras el Ser santo que estaba sobre el trono hojeaba lentamente las páginas del libro mayor y sus ojos se posaban un momento sobre las personas, su mirada parecía penetrar como fuego hasta sus mismas almas y en ese momento todas las palabras y las acciones de sus vidas pasaba delante de sus mentes tan claramente como si hubiesen sido escritas ante su visión en letras de fuego. El temblor se apoderó de aquellas personas y sus rostros palidecieron. Al principio, mientras rodeaban el trono, aparentaban una indiferencia negligente. Pero ¡cuán cambiadas estaban!...”

“Una clase de personas estaba anotada por haber estorbado la siembra. A medida que el ojo escrutador del Juez se posaba sobre ellos, se les revelaban distintamente sus pecados y negligencia...”

“Esta clase había hecho de su *yo* algo supremo, y había trabajado solamente en favor de sus intereses egoístas. No eran ricos para con Dios ni habían respondido a sus derechos sobre ellos. Aunque profesaban ser siervos de Cristo, no le llevaron almas....

“Se mencionaron los nombres de todos los que profesan la verdad. Se reprendió a algunos por su incredulidad y a otros por haber sido perezosos. Habían dejado que otros hiciesen la obra de la viña del Señor y llevasen

las más pesadas responsabilidades, mientras que ellos servían egoístamente a sus propios intereses temporales.”²

¿Cuál fue la respuesta de los siervos del Señor?

“La escena se disipó después y me encontré nuevamente en la tierra, inefablemente agradecida de que el día de Dios no había venido todavía, y que aún se nos concede un precioso tiempo de gracia en el cual podemos prepararnos para la eternidad.”³

¿Y nosotros?

Queridos hermanos, hermanas, amigos: ¿Cuán importante es que mantengamos nuestros ojos fijos en el santuario celestial mientras el caso individual de cada profeso creyente está pendiente en el tribunal? ¡Es ciertamente un asunto de importancia vital! El enemigo de las almas está constantemente ocupado en distraer nuestros pensamientos alejándonos de esta realidad. Seamos sabios y decidamos concentrar nuestras mentes con plena atención sobre el ministerio final de nuestro Abogado y Juez. Durante esta Semana de Oración, ¡que cada uno de nosotros escudriñemos nuestros corazones, confesemos y abandonemos nuestros pecados, suplicando al Señor con profundo fervor a fin de que no seamos pesados y hallados faltos!

Referencias

¹ *Testimonios para la Iglesia*, tomo 4, págs. 377, 378.

² *Ídem.*, págs. 378, 379.

³ *Ídem.*, pág. 380.

Jesús, el Hijo de Dios:

La Divinidad de Cristo

*Compilado de los escritos de
Elena G. de White*

¿Quién es Jesús—y qué ha hecho Él por nosotros?

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios.” (Juan 1:1, 2.) Cristo, el Verbo, el Unigénito de Dios, era uno solo con el Padre eterno, uno solo en naturaleza, en carácter y en propósitos; era el único ser que podía penetrar en todos los designios y fines de Dios. “Y llamaráse su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz” (Isaías 9:6) “sus salidas son desde el principio, desde los días del siglo.” (Miqueas 5:2.)...

El Padre obró por medio de su Hijo en la creación de todos los seres

celestiales. “Porque por él fueron creadas todas las cosas,... sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por él y para él.” (Colosenses 1:16.) Los ángeles son los ministros de Dios, que irradiando la luz que constantemente dimana de la presencia de él y valiéndose de sus rápidas alas, se apresuran a ejecutar la voluntad de Dios. Pero el Hijo, el Ungido de Dios, “la misma imagen de su sustancia,” “el resplandor de su gloria” y sostenedor de “todas las cosas con la palabra de su potencia,” tiene la supremacía sobre todos ellos. Un “trono de gloria, excelso desde el principio,” era el lugar de su santuario; una “vara de equidad,” el cetro de su reino. (Hebreos 1:8.)¹

En Hebreos leemos: “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas” (Hebreos 1:1–3).

Para salvar a la raza caída, Cristo dejó a un lado su vestimenta y su corona regia, revistió su divinidad con la humanidad, y vino a esta tierra. Sin dejar el cielo y tomar la naturaleza del hombre, no podía pagar el rescate por nuestra salvación; por lo tanto, dejó su alto mando en las cortes celestiales y asumiendo las debilidades de la humanidad, sacrificó todo en nuestro beneficio. Vino a esta tierra y se mantuvo a la cabeza de la humanidad, desarrollando para ti y para mí un carácter intachable mediante la obediencia a la ley de Dios. Él “fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Hebreos 4:15).

Mientras Cristo estuvo en la tierra, ¿cuán severas fueron las tentaciones que afrontó?

El segundo Adán era un agente moral libre, responsable de su conducta. Intensamente rodeado de sutiles y engañosas influencias, estaba mucho menos favorablemente situado que el primer Adán a fin de conducirse en una vida libre de pecado. Aunque en medio de pecadores, resistió cada tentación de pecar, y mantuvo su inocencia. Siempre permaneció inmaculado.

Satanás no sólo procuró tentar a Cristo para ceder al apetito, sino que apeló a su ambición. A pesar de los decididos esfuerzos del enemigo, Cristo no manifestó un espíritu codicioso de alcanzar la posesión de los reinos de este mundo. No adoró

a Satanás a fin de obtener la riqueza mundana. Mediante esto enseñó una lección de lealtad a los principios. La integridad nunca debería sucumbir ante ventaja terrenal alguna. El poder y la riqueza obtenidos a expensas de los principios demostrarán ser una terrible maldición.

Las tentaciones que Cristo resistió fueron mucho más poderosas que las nuestras en la misma proporción en que su nobleza y majestad son mayores que las nuestras. Habiendo sido tentado tan fuertemente en todo, es capaz de socorrer a cada uno que es tentado ahora por Satanás. Y hoy es el privilegio de hombres y mujeres obtener la victoria sobre la tentación mediante los méritos del Salvador crucificado y resucitado, que está familiarizado con cada prueba de la humanidad.²

¡Considere sus credenciales!

El Padre constituyó a Cristo como “heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo.” Él era “el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia.” Y Él “sustenta todas las cosas con la palabra de su poder” (Hebreos 1:2, 3). Él poseía excelencia y grandeza divinas; y esto complació al Padre pues en Él habitaba toda la plenitud. Cristo intercambió el trono de luz y gloria que tenía con el Padre, no estimando el ser igual a Dios como algo deseable mientras el hombre estuviera perdido en el pecado y la miseria. Vino desde el cielo a la tierra, revistió su divinidad de humanidad y sobrellevó la maldición como garante de la raza caída. No fue obligado a hacer esto; pero decidió cargar con los resultados de la transgresión del hombre, a fin de que el hombre pudiera evitar la muerte eterna.³

“‘En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres’. Aquí no se especifica la vida física, sino la vida eterna, la vida que es exclusiva propiedad de Dios. El Verbo, que estaba con Dios y que era Dios, poseía esa vida. La vida física es algo que ha recibido cada individuo. No es eterna ni inmortal, pues la toma de nuevo Dios, el Dador de la vida. El hombre no tiene control sobre su vida. Pero la vida de Cristo no era prestada. Nadie puede arrebatarle

esa vida. ‘Yo de mí mismo la pongo’, dijo. ‘En él estaba la vida’: original, no prestada, no derivada de otro. Esa vida no es inherente al hombre. Sólo puede poseerla por medio de Cristo. No puede ganarla; le es dada como una dádiva gratuita si quiere creer en Cristo como su Salvador personal. ‘Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado’ (Juan 17:3). Esta es la fuente de vida abierta para el mundo.”⁴

¿Cómo puede esto beneficiarnos en un sentido práctico?

Cristo tomó la naturaleza humana para que la humanidad pudiera elevar a la humanidad mediante el control del poder divino. Inmensurablemente inferior es la parte que el agente humano tiene en esta obra; pero, en conexión con la divinidad de Cristo, puede llevar a cabo todas las cosas.⁵

Hay una posibilidad para que el creyente en Cristo obtenga una experiencia que será plenamente suficiente para colocarlo en la relación apropiada con Dios. Cada promesa que está en el Libro de Dios nos ofrece el estímulo de poder ser participantes de la naturaleza divina. Esta es la posibilidad—confiar en Dios, creer en su Palabra, trabajar en su obra; y esto podemos hacerlo cuando estamos sostenidos de la divinidad de Cristo. Esta posibilidad vale más la pena que toda la riqueza del mundo. No hay nada en la tierra que pueda compararse con ello. Cuando somos así sostenidos por el poder colocado dentro de nuestro alcance, recibimos una esperanza tan poderosa que podemos confiar plenamente en las promesas de Dios; y sustentándonos de las posibilidades que existen en Cristo, nos volvemos hijos e hijas de Dios.

“Gracia y paz os sean multiplicadas,” dice el apóstol, “en el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesús. Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia” (2 Pedro 1:2, 3).⁶

En su naturaleza divina Jesús declaró que era el Hijo de Dios, pero la divinidad de Cristo era la realidad

a la que se oponían constantemente los fariseos. El gran argumento que justificó la divinidad de Cristo fue su resurrección de los muertos. Abundador fue el testimonio que llegó a aquellos que habían creído en Él, ya que Él había sido visto entre ellos, y los que no quisieron recibir la gran serie de evidencias que podrían ser presentadas, tampoco habrían sido convencidos por ninguna otra cantidad de pruebas...

La ley condena, pero no puede perdonar al transgresor. El alma penitente y creyente no contempla la ley en busca de justificación, sino a Cristo, el sacrificio expiatorio, que puede impartir su justicia al pecador y hacer aceptables sus esfuerzos ante Dios. Cuando recibimos a Cristo como nuestro Salvador, somos habilitados para ser hijos obedientes, guardando todos los mandamientos de Dios.⁷

[Cristo] desea que permanezcamos en Él, a fin de que pueda obrar a través de nosotros manteniendo ante el mundo una representación tal del amor infinito de Dios como Él mismo la dio. Mediante nuestras vidas el desalentado puede recibir una seguridad de que es posible participar de la naturaleza divina, y al aceptar esta divinidad, obtener la victoria que todos deben ganar para entrar por las puertas de la ciudad.

Fuerza divina para la victoria

Puede parecernos imposible comprender el gran amor de Cristo por nosotros. Sólo podemos contemplar el maravilloso sacrificio que Él hizo en manifestación de aquel amor. Aquél que era uno con el Padre puso a un lado su vestimenta y corona reales, y al llegar a este mundo revistió su divinidad de humanidad. Si hubiera venido con toda su gloria, escoltado por miríadas de ángeles, ningún ser humano podría haber soportado tal visión. Pero Él tomó sobre sí la humanidad, a fin de que pudiera perfeccionar en su propia vida una humanidad que se posesiona y se une con la divinidad. La naturaleza divina debe ser impartida a todo aquel que busca verdaderamente a Jesucristo. La divinidad debe ser unida con la humanidad. Así la humanidad puede ser partícipe de la naturaleza divina, a fin de que los

hombres puedan ser capaces de evitar la corrupción que está en el mundo a causa de la concupiscencia.

Sin la perfección de carácter nadie puede entrar por las puertas de perlas de la ciudad de Dios, puesto que, si con todas nuestras imperfecciones, se nos permitiera entrar en aquella ciudad, pronto habría en el cielo una segunda rebelión. Primero debemos ser probados y elegidos, y hallados fieles y verdaderos. En la purificación de nuestro carácter descansa nuestra única esperanza de Vida Eterna.

En la medida que carezcamos de la perfección de carácter, dejaremos de alcanzar hasta ese momento lo que Dios nos ha proporcionando mediante Jesucristo. Si no somos sostenidos por la provisión de su gracia, tendremos una mala experiencia gobernada por nuestra propia impetuosa y cambiante inclinación. No podemos glorificar a Dios mediante nuestros propios esfuerzos. Debemos hacernos partícipes de la naturaleza divina, permaneciendo en Él así como los pámpanos permanecen en la vid.

Ayúdame oh Dios, estoy decidido a ser un vencedor. Mediante Cristo obtendré la victoria. Entonces su gozo permanecerá en mí, y mi gozo será completo. Hablaré de su bondad; contaré acerca de su poder. Mediante una dependencia de la divinidad de Cristo, puedo vencer como Él venció.⁸

¿Cómo opera la divinidad en la carne humana?

Cuando Cristo fue crucificado, fue su naturaleza humana la que murió. La deidad no fue destruida ni murió; habría sido imposible. Cristo, el Inmaculado, salvará a todo hijo e hija de Adán que acepte la salvación que le es ofrecida, consintiendo en volverse hijo de Dios. El Salvador ha comprado la raza caída con su propia sangre.⁹

Al dar a Cristo, Dios dio todos los recursos del cielo. Sus promesas de ayuda son hechas a cada alma afligida. Nadie tiene que temer el fracaso si camina obedientemente y con gratitud ante Él con toda humildad. Cristo ha obtenido la victoria sobre el enemigo; y en todo conflicto con los poderes de las tinieblas tenemos su garantía: “Toda potestad me es dada en el cielo

¿Nos pondremos la coraza de justicia? ¿Tomaremos posesión de la divinidad de Jesucristo, a fin de que podamos recibir fuerza para vencer?

y en la tierra” (Mateo 28:18). El Señor Dios del cielo “sometió todas las cosas bajo” los pies de Cristo, “y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo” (Efesios 1:22, 23).¹⁰

Para obtener la herencia inmortal y el tesoro eterno, tienen que vencer en esta vida de pruebas. Todo lo que mancha y contamina el alma debe desaparecer, debe ser limpiado del corazón. Debemos saber lo que significa participar de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que está en el mundo por causa de la concupiscencia. ¿Están dispuestos a combatir contra los deseos de la carne? ¿Están listos para luchar contra el enemigo de Dios y el hombre? Satanás está decidido a esclavizar toda alma de ser posible; porque está empeñado en un juego desesperado para arrebatarle a Cristo y a la vida eterna las almas de los hombres. ¿Le permitirán que les arrebate las gracias del Espíritu de Dios para implantar en ustedes su propia naturaleza corrupta? ¿O aceptarán la gran provisión de la salvación, y por los méritos del infinito sacrificio hecho en favor de ustedes llegar a ser participantes de la naturaleza divina? Dios dio a su Hijo unigénito para que por medio de su vergüenza, sufrimiento y muerte, ustedes pudieran tener gloria, honor e inmortalidad.¹¹

Poder en su purificación

Cristo mora en aquel que le recibe por la fe. Aunque vengan pruebas sobre el alma, la presencia del Señor aún estará con nosotros. La zarza ardiente en la cual estaba la presencia del Señor no se consumía. El fuego no destruía una fibra de las ramas. Así será con el débil agente humano que deposita su confianza en Cristo. Podrá arder el fuego del horno de la tentación, podrán venir persecución y pruebas, pero sólo la escoria será consumida. El oro resplandecerá más brillantemente debido al proceso de

purificación. Mayor es Aquel que está en el corazón de los fieles, que él que controla los corazones de los incrédulos. No nos quejemos amargamente de las pruebas que nos sobrevienen, sino dirijamos nuestros ojos a Cristo, que ha revestido su divinidad con humanidad, a fin de que podamos entender que su interés por nosotros es muy grande, ya que Él se ha identificado con la humanidad que sufre. Él probó la copa del sufrimiento humano, fue afligido por todas nuestras angustias, se perfeccionó por el sufrimiento, fue tentado en todas las cosas como la humanidad es tentada, a fin de que pudiera socorrer a aquellos que están en tentación...

Durante siglos antes de la manifestación de Cristo al mundo, Dios ejerció paciencia hacia un mundo rebelde. Vio su santa ley pisoteada en el polvo, y dejó caer sus juicios sobre el mundo mediante un diluvio; pero el hombre no aprendió la lección de esta experiencia y volvió a sus caminos de rebelión...

Aquel que era igual a Dios, que era grande en consejo, poderoso en obras, estuvo a la altura de la emergencia que había llegado al gobierno de Dios. Dios envió a su Hijo al mundo, no para dar una sentencia de condenación sobre una raza rebelde, sino para manifestar su amor, y dar la esperanza de la Vida Eterna a aquellos que creyeran en su Hijo.

He aquí el amor y la maravillosa gracia que triunfó sobre la justicia. El castigo recayó nada menos que sobre una persona que era el Hijo del Dios Infinito, y el Universo Celestial se regocijó en la gloria de la benevolencia y abnegación de Dios en dar al príncipe del cielo a nuestro mundo. Tal amor estaba más allá de la comprensión de los ángeles celestiales. Cristo vino al mundo para buscar su perla perdida, y debió cruzar las puertas de la muerte para recuperar su joya perdida. Así “como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea

levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:14, 15). Todos los que le contemplan por la fe serán curados de sus males espirituales. Él es el Bál-samo de Galaad, Él es el gran Médico. Cristo era el único que reunía las condiciones necesarias para la salvación del hombre. Ningún ángel, ningún hombre, era suficiente para la gran obra a ser efectuada. Sólo el Hijo del hombre debía ser levantado; ya que sólo una naturaleza infinita podría llevar a cabo el proceso redentor. Cristo consintió en unirse con el desleal y el pecador, tomar la naturaleza del hombre, dar su propia sangre, y ofrecer su alma por el pecado. En los consejos celestiales, la culpa del hombre fue medida, la ira por el pecado fue estimada, y aún así, Cristo anunció su decisión de que Él tomaría sobre sí mismo la responsabilidad de reunir las condiciones por las cuales la esperanza fuera extendida a una raza caída. Él comprendió la posibilidad del alma humana, y unió la humanidad a sí mismo, así como la vid entreteje las ramas y ramitas injertadas en su ser, hasta que, conducto por conducto, y fibra por fibra, las ramas son unidas a la Vid viviente.

El comerciante vendió todo para comprar la perla de la humanidad perdida. El pecador también debe dar todo a fin de hacerse partícipe de la naturaleza divina, habiendo evitado la corrupción que está en el mundo a causa de la concupiscencia...

Jesús toma al hombre asociándolo con Él, y la unidad y el amor entre Cristo y su Padre llevan ante el mundo las credenciales de la divinidad de Cristo. Transformado en carácter, el creyente presenta el hecho que solamente Cristo puede reformar, purificar y ennoblecer el alma. El amor que Dios ha manifestado hacia los hombres no tiene ningún paralelo. Jesús dice: “Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida” por las ovejas (Juan 10:17). En esta expresión Él prueba al hombre que el amor del Padre hacia el hombre es tan grande, tan ilimitado, que Él aún ama al Hijo por el sacrificio que éste hizo para la recuperación de la humanidad. Dios mismo sufrió con el sufrimiento de su Hijo. Mientras Jesús anduvo en la tie-

rra vestido de humanidad, pudo decir: “Yo y el Padre uno somos” (versículo 30). Habiendo emprendido la obra de redención, el Señor no escatimó nada, así fuera muy costoso, que fuese esencial para la consumación de su designio. No retuvo el cielo para sí mismo, sino que continúa rodeando a los hombres de sus favores, acumulando dones sobre dones, hasta que el mundo mismo sea inundado de su ilimitada misericordia y amor. Jesús dice: “Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido” (Juan 15:11).¹²

Nuestro privilegio y responsabilidad

[El Hijo de Dios] vino a la tierra para unir su poder divino con nuestros esfuerzos humanos, para que mediante la fuerza y el poder moral que él imparte podamos vencer por nosotros mismos.¹³

No había en él [Jesús] nada que respondiera a los sofismas de Satanás. Él no consintió en pecar. Ni siquiera por un pensamiento cedió a la tentación. Así también podemos hacer nosotros. La humanidad de Cristo estaba unida con la divinidad. Fue hecho idóneo para el conflicto mediante la permanencia del Espíritu Santo en él. Y él vino para hacernos participantes de la naturaleza divina. Mientras estamos unidos con él por la fe, el pecado no tendrá dominio sobre nosotros. Dios extiende su mano para alcanzar la mano de nuestra fe y dirigirla a asirse de la divinidad de Cristo, a fin de que nuestro carácter pueda alcanzar la perfección.¹⁴

La divinidad de Cristo debe ser firmemente mantenida. Cuando el Salvador hizo a sus discípulos la pregunta: “¿Quién decís que soy yo?”, Pedro contestó: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” Dijo Cristo: “Sobre esta roca,” no sobre Pedro sino sobre el Hijo de Dios, “edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella” (Mateo 16:15, 16, 18)...

Cristo debe ser predicado, no en forma controversial, sino de un modo afirmativo. Tome su puesto sin controversia. Que en ningún momento sus palabras sean cuestionables. La Palabra del Dios vivo debe ser el fundamento de nuestra fe. Reúna las

declaraciones positivas más fuertes en cuanto a la expiación hecha por Cristo por los pecados del mundo. Muestre la necesidad de esta expiación y diga a hombres y mujeres que ellos pueden ser salvos si se arrepienten y retornan su lealtad hacia la ley de Dios. Reúna todas las afirmaciones y pruebas que hacen del evangelio las buenas nuevas de la salvación para todos los que lo reciben y creen en Cristo como un Salvador personal.¹⁵

La divinidad de Cristo es la garantía que el creyente tiene de la vida eterna.¹⁶

“Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer” (Juan 15:13–15).

Aquí somos llevados a ver nuestra obra. Hay algo que debemos dar a conocer ante el mundo. Si Jesucristo es revelado en nosotros, el mundo verá que la humanidad puede tomar posesión de la divinidad. No habrá ninguna excusa para nosotros si fallamos en vencer tal como Dios requiere de nosotros. La cuestión que debemos decidir ahora es: ¿Nos pondremos la coraza de justicia? ¿Tomaremos posesión de la divinidad de Jesucristo, a fin de que podamos recibir fuerza para vencer?¹⁷

Referencias

¹ *Patriarcas y Profetas*, pág. 34.

² *The Atlantic Union Gleaner*, 26 de agosto, 1903.

³ *The Bible Echo*, 15 de July, 1893.

⁴ *Comentario Bíblico ASD* [Comentarios de E. G. de White], tomo 5, pág. 1104.

⁵ *The Review and Herald*, 6 de agosto, 1901.

⁶ Ídem., 14 de enero, 1909.

⁷ *The Signs of the Times*, 5 de agosto, 1889.

⁸ *Sermons and Talks*, pág. 294.

⁹ *Manuscript Releases*, tomo 21, pág. 418.

¹⁰ *The Atlantic Union Gleaner*, 26 de agosto, 1903.

¹¹ *Cada Día con Dios*, pág. 175.

¹² *The Signs of the Times*, 5 de marzo, 1896.

¹³ *En Lugares Celestiales*, pág. 194.

¹⁴ *El Deseado de Todas las Gentes*, págs. 98, 99.

¹⁵ *The Review and Herald*, 2 de marzo, 1905.

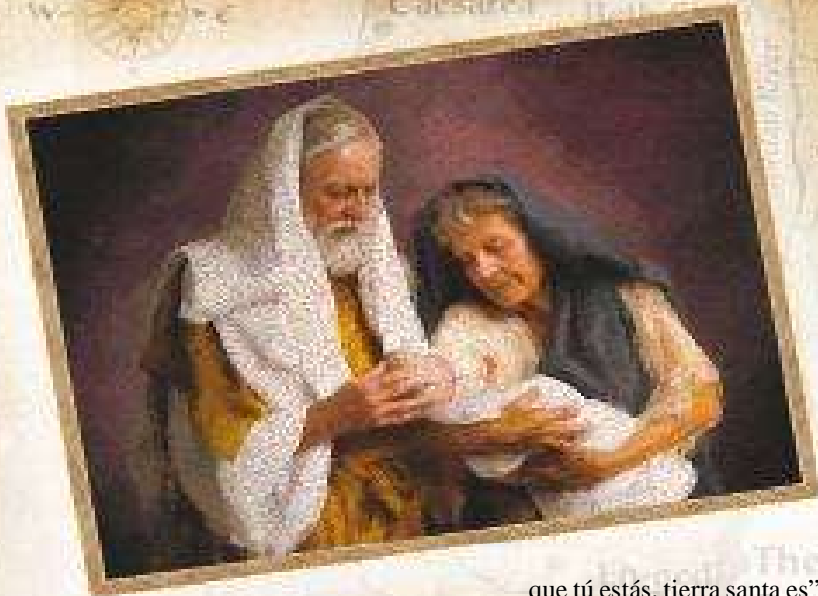
¹⁶ *El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 489.

¹⁷ *Sermons and Talks*, págs. 294, 295.

Jesús, el Hijo del Hombre:

La Humanidad de Cristo

Una compilación de la Biblia y el Espíritu de Profecía con comentarios de M. Stroia



El Espíritu de Profecía enfatiza la importancia categórica de la encarnación de Cristo en favor de la humanidad— así como el espíritu reverente con el cual nosotros, como mortales, debemos abordar este santo tema, el cual somos animados a estudiar:

“La humanidad del Hijo de Dios es todo para nosotros. Es la cadena áurea que une nuestra alma con Cristo, y mediante Cristo, con Dios. Esto ha de ser nuestro estudio.

Cristo fue un verdadero hombre. Dio prueba de su humildad al convertirse en hombre. Sin embargo, era Dios en la carne. Cuando tratemos este tema, haríamos bien en prestar atención a las palabras pronunciadas por Cristo a Moisés en la zarza ardiente: “Quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en

que tú estás, tierra santa es” (Éxodo 3:5). **Debiéramos emprender este estudio con la humildad del que aprende con corazón contrito. Y el estudio de la encarnación de Cristo es un campo fructífero que recompensará al escudriñador que cava profundamente en procura de la verdad oculta.”**¹

El único camino mediante el cual podemos entender la razón de nuestra existencia es mirar hacia atrás a su origen donde encontramos a Cristo— la Palabra eterna de Dios:

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.... Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de

gracia y de verdad” (Juan 1:1–3, 14, énfasis nuestro).

El supremo Creador y su preexistencia como Príncipe del cielo

En estos versículos el informe bíblico nos remite a Jesucristo como el supremo Creador de todas las cosas, Aquel que permanece desde el origen de la creación entera que Él llamó a la existencia y a la que también asignó un propósito. Él no es sólo el principio de todo, sino que abarca la creación a través de su historia, y por esta razón el apóstol Juan le cita como el “Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último” (Apocalipsis 22:13).

“Fue Cristo quien extendió los cielos y echó los cimientos de la tierra. Fue su mano la que colgó los mundos en el espacio, y modeló las flores del campo. El ‘asienta las montañas con su fortaleza’ (Salmo 65:6).”²

Al considerar la infinidad del Universo con sus innumerables sistemas, galaxias y mundos en medio de los cuales nuestro planeta azul es un simple punto diminuto, podemos obtener una muy vaga idea de la grandeza y la magnificencia de Aquel que creó todas estas cosas.

“El mundo fue hecho por él, ‘y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho’ (Juan 1:3). Si Cristo hizo todas

las cosas, existió antes de todas las cosas. Las palabras pronunciadas acerca de esto son tan decisivas, que nadie debe quedar en la duda. Cristo era esencialmente Dios y en el más elevado sentido. Era con Dios desde toda la eternidad, Dios sobre todo, bendito para siempre.

“El Señor Jesucristo, el divino Hijo de Dios, existió desde la eternidad como una persona distinta, y sin embargo era uno con el Padre. Era la excelsa gloria del cielo. Era el Comandante de las inteligencias celestiales, y el homenaje de adoración de los ángeles era recibido por él con todo derecho.”³

“La existencia de Cristo anterior a su encarnación, no puede ser medida por cifras... ‘Él era uno con Dios, infinito y omnipotente.’”⁴

“En sí mismo el acto del consentimiento de ser un hombre no sería un acto de humillación si no fuera por el hecho de la exaltada preexistencia de Cristo, y la condición caída del hombre. Pero cuando abrimos nuestro entendimiento para comprender que al tomar la humanidad sobre Él, Cristo dejó a un lado su vestimenta real, su corona regia, su alto mando, y revistió su divinidad con la humanidad, a fin de poder buscar al hombre donde él se encontraba, y dar poder moral a la familia humana para que se volvieran hijos e hijas de Dios, [empezamos a comprender la magnitud de la encarnación].”⁵

A pesar de esto, este maravilloso ser celestial de asombrosa grandeza y gloria “fue hecho carne, y habitó entre nosotros... lleno de gracia y de verdad” (Juan 1:14).

Especular con los detalles técnicos de cómo ocurrió este proceso sería presunción de nuestra parte, ya que la naturaleza plena de Dios está por encima de nuestro entendimiento humano, y la encarnación de Cristo es un misterio que jamás ninguna mente humana será capaz de entender completamente.

La encarnación: un misterio con un propósito y objetivo definido

“Evitad toda cuestión que se relacione con la humanidad de Cristo que pueda ser mal interpretada. La verdad y la suposición tienen no pocas si-

“Nunca dejéis, en forma alguna, la más leve impresión en las mentes humanas de que una mancha de corrupción o una inclinación hacia ella descansó sobre Cristo, o que en alguna manera se rindió a la corrupción.”

militudes. Al tratar de la humanidad de Cristo necesitáis ser sumamente cuidadosos en cada afirmación, para que vuestras palabras no sean interpretadas haciéndoles decir más de lo que dicen, y así perdáis u oscurezcáis la clara percepción de la humanidad de Cristo combinada con su divinidad. Su nacimiento fue un milagro de Dios... **Nunca dejéis, en forma alguna, la más leve impresión en las mentes humanas de que una mancha de corrupción o una inclinación hacia ella descansó sobre Cristo, o que en alguna manera se rindió a la corrupción.** Fue tentado en todo como el hombre es tentado, y sin embargo él es llamado ‘el Santo Ser’. Que Cristo pudiera ser tentado en todo como lo somos nosotros y sin embargo fuera sin pecado, es un misterio que no ha sido explicado a los mortales. La encarnación de Cristo siempre ha sido un misterio, y siempre seguirá siéndolo. Lo que se ha revelado es para nosotros y para nuestros hijos; pero **que cada ser humano permanezca en guardia para que no haga a Cristo completamente humano, como uno de nosotros, porque esto no puede ser.**”⁶

“La encarnación de Cristo es el misterio de todos los misterios.”⁷

“No hay nadie que pueda explicar el misterio de la encarnación de Cristo.”⁸

No obstante, somos libres de considerar la razón por la cual el príncipe del Cielo decidió hacerse un hombre, aceptando así la humillación infinita de tomar la naturaleza humana sobre Él.

Al declarar el propósito de su venida, el Señor dejó claro que este era nada más y nada menos que la salvación del género humano, ya que declaró: “No he venido a juzgar al mundo, sino **a salvar al mundo,**” que se había perdido del aprisco de Dios por el pecado: “**Porque el Hijo del Hombre ha venido para salvar lo que se había perdido**” (Juan 12:47; Mateo 18:11, énfasis nuestro).

De completo acuerdo con Dios el Padre, nuestro Salvador dejó los dominios celestiales de felicidad y gloria donde era adorado por las huestes angelicales y descendió a este mundo lúgubre y pecador. Aquí aceptó ser despreciado, escarnecido, escupido, ferozmente torturado, y finalmente ejecutado con este propósito: dar a cada uno la posibilidad de salvación y salvar lo que pudiera ser salvado de este mundo: “Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él” (Juan 3:17).

El significado de este maravilloso plan para todo ser humano que haya vivido alguna vez en este mundo—incluyendo a nosotros—es muy adecuadamente expresado por el apóstol Pablo: “Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero” (1 Timoteo 1:15).

La gran razón detrás de este propósito puede ser comprendida en una palabra bastante pequeña que puede ser pronunciada en una sola sílaba, pero que al mismo tiempo es bastante amplia para definir el infinito Dios—AMOR: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él crea, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16).

“Para poder cumplir su plan de amor para la raza caída, él [Cristo] se convirtió en hueso de nuestro hueso y carne de nuestra carne.”⁹

La grandeza y la fuerza de este amor incomparable han sido reveladas por el sacrificio que Cristo aceptó realizar a fin de redimir a la humanidad. Su muerte expiatoria en el Calvario no fue el único sacrificio que hizo, tan sólo la coronación de una vida entera de amor motivado por el sacrificio y la abnegación.

“Pero Cristo, ‘existiendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que debía aferrarse; sino que se desprendió de ella, tomando

antes la forma de un siervo, siendo hecho en semejanza de los hombres' (Filipenses 2:6, 7). **Este fue un sacrificio voluntario.** Jesús podría haber permanecido al lado del Padre. Podría haber conservado la gloria del cielo, y el homenaje de los ángeles. Pero prefirió devolver el cetro a las manos del Padre, y bajar del trono del universo, a fin de traer luz a los que estaban en tinieblas, y vida a los que perecían.”¹⁰

La asombrosa condescendencia de Cristo

La misma condescendencia de Cristo en dejar su posición en las cortes celestiales y venir a este infortunado y sombrío planeta de pecado va más allá de nuestro poder de entendimiento y nos deja asombrados e incapaces de pronunciar algo más de “¡Qué amor!”

“Cuanto más pensemos acerca de Cristo convirtiéndose en un bebé sobre la tierra, tanto más admirable parece este tema. ¿Cómo podía ser que el niño indefenso del pesebre de Belén siguiera siendo el divino Hijo de Dios? **Aunque no podamos entenderlo, podemos creer que Aquel que hizo los mundos, por causa de nosotros se convirtió en un niño indefenso. Aunque era más encumbrado que ninguno de los ángeles, aunque era tan grande como el Padre en su trono de los cielos, llegó a ser uno con nosotros. En él, Dios y el hombre se hicieron uno; y es en este acto donde encontramos la esperanza de nuestra raza caída.** Mirando a Cristo en la carne, miramos a Dios en la humanidad, y vemos en él el brillo de la gloria divina, la imagen expresa de Dios el Padre.”¹¹

“Al contemplar la encarnación de Cristo en la humanidad, permanecemos desconcertados ante un misterio insondable, que la mente humana no puede entender. Cuánto más reflexionamos sobre ello, más asombroso parece ser. ¡Cuán amplio es el contraste entre la divinidad de Cristo y la indefensa criatura del pesebre de Belén! ¿Cómo podemos abarcar la distancia entre el Dios fuerte y una criatura indefensa? Y con todo el Creador de los mundos, Aquel que era la plenitud de la divinidad corporalmente, se

manifestó en un indefenso bebé en el pesebre. ¡Mucho más elevado que cualquiera de los ángeles, igual con el Padre en dignidad y gloria, y aún así, vestido con el atuendo de la humanidad! **La divinidad y la humanidad fueron misteriosamente combinadas, y el hombre y Dios se hicieron uno. Es en esta unión donde hallamos la esperanza de nuestra raza caída.**”¹²

“**Habría sido una humillación casi infinita para el Hijo de Dios revestirse de la naturaleza humana, aun cuando Adán poseía la inocencia del Edén. Pero Jesús acepta la humanidad cuando la especie se hallaba debilitada por cuatro mil años de pecado.** Como cualquier hijo de Adán, aceptó los efectos de la gran ley de la herencia. Y la historia de sus antepasados terrenales demuestra cuáles eran aquellos efectos. Mas él vino con una herencia tal para compartir nuestras penas y tentaciones, y darnos el ejemplo de una vida sin pecado... Nuestro Salvador tomó la humanidad con todo su pasivo.”¹³

Al tomar sobre sí la humanidad, el príncipe del Cielo asumió una naturaleza muy inferior a la de un ángel. Creado del polvo, el hombre fue hecho inferior, y, como si esto no fuera suficiente, Jesús no tomó la naturaleza de Adán antes de la caída, sino la que había sido expuesta durante muchos siglos a los efectos debilitantes de la herencia.

“Qué visión fue esta la que el cielo debió considerar. Cristo, que no tenía la más mínima mancha moral o contaminación de pecado, tomó nuestra naturaleza en su condición deteriorada.”¹⁴

Además, al igual que un hombre, Jesús no nació en un palacio de ricos, sino en la familia de un humilde carpintero, sin riqueza ni fama: “Subirá cual renuevo delante de él, y como raíz de tierra seca; no hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos” (Isaías 53:2).

Él decidió hacer esto porque no quería atraer a hombres y mujeres por su apariencia exterior, poder o riqueza, sino por la belleza de su carácter y la pureza de los principios a los cuales Él se adhería:

“Cristo había de venir en ‘el cuerpo de nuestra bajeza’ (Filipenses 3:21), ‘hecho semejante a los hombres’ (verso 7). A los ojos del mundo, no poseía hermosura que lo hiciese desear; sin embargo era Dios encarnado, la luz del cielo y de la tierra.”¹⁵

“El Hombre modelo, que no consideró una usurpación el ser igual con Dios, tomó nuestra naturaleza y vivió cerca de treinta años en un oscuro pueblo de Galilea, oculto entre las montañas. Aunque toda la hueste angélica estaba a sus órdenes, él no pretendió ser nadie grande o eminente. No hizo preceder su nombre por el título de ‘profesor’ a fin de agradarse a sí mismo. Era un carpintero que trabajaba a sueldo, un siervo de aquellos para quienes trabajaba; pero demostró que el cielo puede estar muy cerca de nosotros en los oficios comunes de la vida, y que los ángeles de las cortes celestiales protegerán los pasos de los que van y vienen conforme a la voluntad divina.”¹⁶

“No podemos entender cómo Cristo se hizo un pequeño e indefenso bebé. Él pudo haber venido a la tierra con tal hermosura que se diferenciara totalmente de los hijos de los hombres. Su rostro pudo haber sido radiante de luz, y su cuerpo alto y hermoso. Pudo haber venido en una forma tal que encantara a los que lo miraran; pero ésta no fue la forma en la cual Dios planeó que apareciera entre los hijos de los hombres.

“Debía ser semejante a los que pertenecían a la familia humana y a la raza judía. Sus facciones tenían que ser semejantes a las de los seres humanos, y no debía tener tal belleza en su persona que la gente lo señalara como diferente de los demás. Debía venir como miembro de la familia humana y presentarse como un hombre ante el cielo y la tierra.”¹⁷

“Jesús decidió tomar la posición del humilde y no el estado de aquellos que tenían poder, riqueza e influencia. No era su designio que el despliegue externo atrajera a los hombres hacia Él; el poder de la verdad celestial debía ser el poder de atracción. Libre de pecado y exaltado por la naturaleza, consintió en tomar la vestimenta de

“Jesús no tomó la naturaleza de Adán antes de la caída, sino la que había sido expuesta durante muchos siglos a los efectos debilitantes de la herencia.”

la humanidad para hacerse uno con la raza caída.”¹⁸

El Hijo del hombre: El puente de unión entre el cielo y la tierra

Durante su vida en la tierra, Jesús se refirió a sí mismo como “el Hijo del Hombre,” reiterando así su firme lealtad con la raza humana y su misión de unir nuevamente la humanidad con Dios. Sin embargo, esta lealtad no era sólo teórica, sino que era una realidad positiva en su vida y experiencia en la tierra:

“Cristo no tomó la naturaleza humana en forma aparente. La tomó de verdad. En realidad, poseyó la naturaleza humana.”¹⁹

“Cristo se hizo uno con la familia humana. Él habló en el idioma de los hombres. Tuvo paciencia con ellos en sus pruebas y su pobreza. Comió con ellos en sus mesas, y compartió sus afanes. Así aseguró su plena identificación con la humanidad.”²⁰

Solamente mediante este medio podría llevarse a cabo el plan de salvación y ser elevada la humanidad de su condición sin esperanza: “[Dios] no podía hacer que el hombre fuera partícipe de la naturaleza divina hasta que su Hijo unigénito, alguien igual a Él, se humillara hasta la naturaleza humana, y alcanzara al hombre donde él estaba.”²¹

“El Señor Jesús ha salvado el abismo que el pecado había abierto. Ha unido la tierra con el cielo, y al hombre finito con el Dios infinito.”²²

Como hombre, Cristo aceptó por su propia voluntad el dar su vida como rescate por el pecado de la humanidad. No fue una víctima de las circunstancias, ni de las maquinaciones de hombres impíos. No fueron los clavos en sus manos y pies los que le mantuvieron colgando en la cruz, sino su amor por la raza caída a la cual había venido para redimir lo que le permitió soportar hasta el mismo final

la dolorosa muerte en la cruz de la vergüenza.

“[Cristo] podría haberse liberado de los seres caídos. Podría haberlos tratado como los pecadores merecen ser tratados. Pero en cambio, se acercó aún más a ellos.”²³

“En Cristo llegamos a estar más íntimamente unidos a Dios que si nunca hubiésemos pecado. Al tomar nuestra naturaleza, el Salvador se vinculó con la humanidad por un vínculo que nunca se ha de romper. A través de las edades eternas, queda ligado con nosotros...”

“Dios adoptó la naturaleza humana en la persona de su Hijo, y la llevó al más alto cielo...” Cristo glorificado es nuestro hermano. El cielo está incorporado en la humanidad, y la humanidad, envuelta en el seno del Amor Infinito.”²⁴

El significado de Cristo al transformarse en el Hijo del Hombre por nosotros

Aunque hayamos perdido nuestro valor dado por Dios y sido sometidos a la muerte por el pecado, Cristo vino para restaurarnos a la dignidad de hijos e hijas de Dios y restaurar en nosotros el carácter de nuestro Padre celestial. Este es el objetivo de la vida humana, y no podía haber sido alcanzado sin que nuestro Salvador se transformara en el Hijo del Hombre.

La humanidad del Hijo de Dios debería ser todo para nosotros, y el hecho que Dios dio a su Hijo unigénito—el príncipe del Cielo—para nacer como un niño en este mundo, para vivir y morir por nosotros, resucitar y permanecer para siempre como “el Hijo del Hombre”, es la prueba viviente de su extraordinario amor por nosotros.

No puede haber mayor razón de ayuda, alegría, gratitud y amor por nosotros que la seguridad de que Dios no retuvo nada que pudiera haber contribuido a nuestra salvación:

“Cuando Dios dio a su Hijo, dio todo el cielo. No podía dar más.”²⁵

¡Qué pensamiento tan alentador! ¡Dios ya ha hecho el sacrificio supremo! ¡Jesucristo es nuestro para siempre! Dios ya está a nuestro lado, listo para darnos junto con Él todas las cosas necesarias para nuestra felicidad eterna. ¿Qué más necesitamos para ser felices y llenos de gratitud y confianza por el resto de nuestras vidas?

“Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación” (Romanos 5:8–11).

¡Qué siempre le alabemos por esto!

Referencias

¹ *Mensajes Selectos*, tomo 1, pág. 286.

[Énfasis nuestro.]

² *El Deseado de Todas las Gentes*, págs. 11, 12.

³ *Mensajes Selectos*, tomo 1, págs. 290, 291.

⁴ *La Fe Por la Cual Vivo*, pág. 48.

⁵ *Manuscript Releases*, tomo 17, pág. 25.

⁶ *Comentario Bíblico ASD* [Comentarios de E. G. de White], tomo 5, págs. 1102, 1103. [Énfasis nuestro.]

⁷ *En Lugares Celestiales*, pág. 41.

⁸ *Exaltad a Jesús*, pág. 229.

⁹ *La Fe Por la Cual Vivo*, pág. 72.

¹⁰ *El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 14 [Énfasis nuestro.]

¹¹ *Mensajes Selectos*, tomo 3, pág. 144. [Énfasis nuestro.]

¹² *The Signs of the Times*, 30 de julio, 1896. [Énfasis nuestro.]

¹³ *La Fe Por la Cual Vivo*, pág. 50. [Énfasis nuestro.]

¹⁴ *Manuscript Releases*, tomo 17, pág. 25.

¹⁵ *El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 15.

¹⁶ *Mensajes Selectos*, tomo 2, págs. 186, 187.

¹⁷ *Exaltad a Jesús*, pág. 69.

¹⁸ *The Signs of the Times*, 25 de abril, 1892.

¹⁹ *Mensajes Selectos*, tomo 1, pág. 290 [Énfasis nuestro.]

²⁰ *Manuscript Releases*, tomo 17, pág. 27 [Énfasis nuestro.]

²¹ Ídem.

²² *Nuestra Elevada Vocación*, pág. 50. [Énfasis nuestro.]

²³ *Manuscript Releases*, tomo 17, pág. 27. [Énfasis nuestro.]

²⁴ *El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 18 [Énfasis nuestro.]

²⁵ *La Temperancia*, pág. 254.



Jesús,

Nuestro Sumo Sacerdote

Por Viktor Pisanyuk

Introducción

Era otoño de 1844. Un pequeño grupo de personas deseaba sinceramente recibir la seguridad de que el Señor no los había abandonado. Leían la Palabra inspirada una y otra vez; su atención estaba dirigida a la profecía de Daniel 8:14: “Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado,” y a la profecía de Habacuc 2:3: “Aunque la visión tardará aún por un tiempo, mas se apresura hacia el fin.” El mensaje que había llenado el mundo entero era ahora cáusticamente ridiculizado por la multitud. De los más de 50.000 que habían esperado con mucha ilusión el glorioso acontecimiento, casi nadie permaneció. Todos habían estado esperando al Salvador que vendría en las nubes de los cielos—Cristo el Mesías, que debía ejecutar el juicio. Pero Cristo no vino. Así fue cumplida una profecía que profetizaba que los que esperaban probarían la **amargura** del chasco (ver Apocalipsis 10:9). ¿Y ahora qué? El Señor dirigió la atención de sus hijos a la epístola a los Hebreos, y mediante fervientes oraciones y cuidadosa consideración de los

hijos de Dios, la verdad del santuario celestial y el servicio allí realizado les fueron completamente revelados. Esta preciosa verdad se volvió el fundamento de la fe del Advenimiento.

El mensaje de vida

Después de la entrada del pecado en nuestro planeta, si bien fue dada una sentencia sobre la humanidad, Dios concedió todavía una esperanza de redención. (Ver Génesis 3:15.) En todas las épocas, los fieles hijos de Dios debían esperar la culminación del glorioso Plan de la Salvación. Por la fe, la sangre fue derramada en el primer sacrificio. La vida del inocente animal señalando la redención a través del Cordero de Dios fue ofrecida por primera vez. A lo largo de los siglos de los patriarcas, todos los hijos de Dios contemplaban el Calvario como su única esperanza—la muerte del Hijo de Dios que era una garantía de salvación para aquellos que le recibirían.

El sacerdote

Un servicio de expiación especial debía ser realizado en cada familia.

La misión fue confiada a la cabeza de la familia:

“En la antigüedad el padre era el jefe y el sacerdote de su propia familia, y ejercía autoridad sobre sus hijos, aun después de que éstos tenían sus propias familias. Sus descendientes aprendían a considerarle como su jefe, tanto en los asuntos religiosos como en los seculares.”¹ Más tarde, cuando Dios quiso presentar el evangelio mediante el ministerio en el tabernáculo terrenal, dio a Moisés, el líder visible de su pueblo, una instrucción para que la única tribu que había permanecido fiel en un momento crucial de crisis espiritual—los levitas—fueran ordenados sacerdotes en el tabernáculo terrenal. Esta fue la revelación del evangelio en tipos y símbolos. “Todo el sistema de los tipos y símbolos era una profecía resumida del Evangelio, un medio por el cual se presentaban las promesas de la redención.”²

El servicio en el templo

Cada día era oficiado el servicio. Había ofrendas por la mañana y por la tarde, ofrendas de paz, etc. Pero había una provisión especial para el arrepentimiento del pecador al llevar la ofrenda por el pecado. Reconociendo su culpa, el pecador tenía que traer el animal, confesar su pecado, colocar su mano sobre la cabeza de la víctima,

y matar al animal con su propia mano. Así el animal era privado de su vida. Entonces el sacerdote transfería la sangre de la víctima al tabernáculo y la rociaba ante el velo, detrás del cual estaba la ley. Por lo tanto, al ofrecer a la ley el sacrificio que satisfacía a la ley, el pecador podría esperar vida. Para expiar el pecado había sido sacrificada una vida que cumplía la quebrantada ley de Dios. (Ver Levítico 4:1-7.)

“En la ofrenda por el pecado que se ofrecía durante el año, se había aceptado un sustituto en lugar del pecador; pero la sangre de la víctima no había hecho completa expiación por el pecado. Sólo había provisto un medio en virtud del cual el pecado se transfería al santuario.”³

Los sacerdotes en la presencia de Dios

Aunque los sacerdotes eran apartados de la congregación mediante la unción y eran colocados en el sagrado oficio, esto no los hacía libres de pecado, por lo tanto también tenían que traer ofrendas por ellos. “Porque todo sumo sacerdote tomado de entre los hombres es constituido a favor de los hombres en lo que a Dios se refiere, para que presente ofrendas y sacrificios por los pecados; para que se muestre paciente con los ignorantes y extraviados, puesto que él también está rodeado de debilidad; y por causa de ella debe ofrecer por los pecados, tanto por sí mismo como también por el pueblo” (Hebreos 5:1-3). Pero aún así, no todo levita podía ser sacerdote. Había requerimientos especiales para los sacerdotes, a fin de que fueran dignos representantes de la obra del futuro Sacerdote, el verdadero y fiel Sacerdote según la orden de Melquisedec. El registro bíblico dice: (“Juró el Señor, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec.) Por tanto, Jesús es hecho fiador de un mejor pacto. Y los otros sacerdotes llegaron a ser muchos, debido a que por la muerte no podían continuar; mas éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable; por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos. Porque tal sumo sacerdote nos convenía:

El Cordero había quitado el pecado del mundo. Pero esta sangre debía ser llevada al santuario celestial para ser presentada ante la ley moral de los Diez Mandamientos.

santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos; que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo” (Hebreos 7:21-27).

“Aarón y sus hijos fueron los únicos a quienes se les permitía ministrar ante el Señor; al resto de la tribu se le encargó el cuidado del tabernáculo y su mobiliario; además debían ayudar a los sacerdotes en su ministerio, pero no podían ofrecer sacrificios, ni quemar incienso, ni mirar los santos objetos hasta que estuviesen cubiertos.”⁴

Cada vez que el sacerdote venía para realizar sus labores en el santuario, tenía que lavar sus manos y pies. Esto revelaba la solemne importancia de cada servicio:

“La fuente estaba ubicada entre el altar y la congregación, para que antes de llegar a la presencia de Dios, a la vista de la congregación, pudieran lavar sus manos y sus pies. ¿Qué impresión daría esto al pueblo? Era para mostrarles que debía quitar toda partícula de polvo antes de poder entrar en la presencia de Dios; puesto que él es tan alto y santo, que a menos que ellos cumplieran estas condiciones, morirían.”⁵

El sumo sacerdote

El servicio diario era realizado en el atrio y en el primer departamento del santuario, pero una vez al año se realizaba un servicio en el lugar santísimo. Este era un día especial antes del cual era hecha una solemne preparación y solamente el sumo sacerdote tenía el derecho de entrar en la presencia del Invisible para realizar un servicio único. Él debía purificar el santuario de los pecados confesados que eran simbólicamente transferidos con la sangre rociada en el velo que separaba el arca. Entonces estos pecados eran llevados por el macho

cabrió a un lugar desierto. El sacerdote pronunciaba una bendición sobre el pueblo de Israel para el año siguiente. Seguía entonces la alegre fiesta de las cabañas, y todo el pueblo se alegraba al recibir la redención y la bendición para su vida futura.

Las vestimentas del sumo sacerdote

“Las vestiduras del sumo sacerdote eran de costosa tela de bellísima hechura, como convenía a su elevada jerarquía. Además del traje de lino del sacerdote común, llevaba una túnica azul, también tejida de una sola pieza. El borde del manto estaba adornado con campanas de oro y granadas de color azul, púrpura y escarlata. Sobre esto llevaba el efod, vestidura más corta, de oro, azul, púrpura, escarlata y blanco, rodeada por una faja de los mismos colores, hermosamente elaborada. El efod no tenía mangas, y en sus hombreras bordadas con oro, tenía engarzadas dos piedras de ónix, que llevaban los nombres de las doce tribus de Israel.

“Sobre el efod estaba el racional, la más sagrada de las vestiduras sacerdotales. Era de la misma tela que el efod. De forma cuadrada, medía un palmo, y colgaba de los hombros mediante un cordón azul prendido en argollas de oro. El ribete estaba formado por una variedad de piedras preciosas, las mismas que forman los doce fundamentos de la ciudad de Dios. Dentro del ribete había doce piedras engarzadas en oro, arregladas en hileras de a cuatro, que, como las de los hombros, tenían grabados los nombres de las tribus. Las instrucciones del Señor fueron: ‘Y llevará Aarón los nombres de los hijos de Israel en el racional del juicio sobre su corazón, cuando entrare en el santuario, para memoria delante de Jehová continuamente.’ (Éxodo 28:29.) Así también Cristo, el gran Sumo Sacerdote, al ofrecer su sangre ante el Padre en favor de los pecadores, lleva sobre el corazón el nombre de toda alma

arrepentida y creyente. El salmista dice: 'Aunque afligido yo y necesitado, Jehová pensará de mí.' (Salmo 40:17.)

"A la derecha y a la izquierda del racional había dos piedras grandes y de mucho brillo. Se llamaban Urim y Tumim. Mediante ellas se revelaba la voluntad de Dios al sumo sacerdote. Cuando se llevaban asuntos ante el Señor para que él los decidiera, si un nimbo iluminaba la piedra de la derecha era señal de aprobación o consentimiento divinos, mientras que si una nube oscurecía la piedra de la izquierda, era evidencia de negación o desaprobación.

"La mitra del sumo sacerdote consistía en un turbante de lino blanco, que tenía una plaquita de oro sostenida por una cinta azul, con la inscripción: 'Santidad a Jehová.' Todo lo relacionado con la indumentaria y la conducta de los sacerdotes había de ser tal, que inspirara en el espectador el sentimiento de la santidad de Dios, de lo sagrado de su culto y de la pureza que se exigía a los que se allegaban a su presencia.

"No sólo el santuario mismo, sino también el ministerio de los sacerdotes, debía servir 'de bosquejo y sombra de las cosas celestiales.' (Hebreos 8:5.)" ⁶ Todo esto señalaba al hecho que a través del Sumo Sacerdote todo miembro de la familia de Dios tenía un representante ante el Omnipotente.

La verdad que reforzó la fe del pueblo que esperaba

El apóstol Pablo, tratando de dirigir la atención de su pueblo al Evangelio del Antiguo Testamento que fue presentado en el servicio del santuario, dijo: "Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos, ministro del santuario, y de aquel verdadero

tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre" (Hebreos 8:1, 2). "En virtud de su muerte y resurrección, pasó a ser 'ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que el Señor asentó, y no hombre.' (Hebreos 8:2). Los hombres habían construido el tabernáculo, y luego el templo de los judíos; pero el santuario celestial, del cual el terrenal era una figura, no fue construido por arquitecto humano. 'He aquí el varón cuyo nombre es el Renuevo: ... Él edificará el templo de Jehová, y él llevará gloria, y se sentará y dominará en su trono, y habrá sacerdote a su lado.' (Zacarías 6:12, 13)." ⁷

El pequeño grupo de fieles hijos de Dios había experimentado el chasco de 1844; a ellos fue abierta la verdad sobre el santuario celestial donde el servicio de expiación estaba siendo realizado. Así comprendieron finalmente que el servicio del Antiguo Testamento sólo era el reflejo de las cosas que realmente sucedían en el Nuevo Testamento. Es una pena que muchas personas que leen la Biblia piensen que la obra de expiación ha concluido

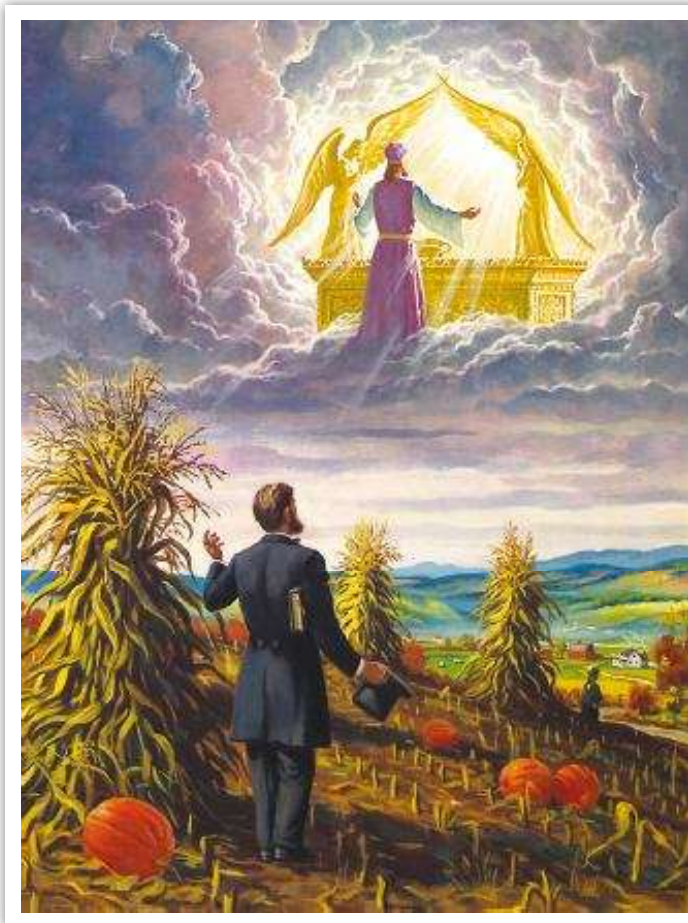
en el Calvario. La crucifixión sólo era parte del plan de salvación. El Corde-ro había quitado el pecado del mundo. Pero esta sangre debía ser llevada al santuario celestial para ser presentada ante la ley moral de los Diez Mandamientos.

"Entonces, en el lugar santísimo, [aquellos que habían esperado por fe su segunda venida] contemplaron otra vez a su compasivo Sumo Sacerdote que debía aparecer pronto como su rey y libertador. La luz del santuario iluminaba lo pasado, lo presente y lo porvenir. Supieron que Dios les había guiado por su providencia infalible." ⁸

Nuestro sumo sacerdote en el santuario celestial

Fue mostrado a Juan que después de la resurrección de Cristo, el Señor subió al cielo y comenzó el ministerio en el primer departamento del santuario celestial: "Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo; y vuelto, vi siete candeleros de oro, y en medio de los siete candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre,

vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; sus ojos como llama de fuego" (Apocalipsis 1:12-14). Pero en el tabernáculo terrenal había un momento cuando el ministerio regular se concluía en el primer departamento y llegaba un día especial de expiación en el cual la obra era llevada a cabo en el segundo departamento. ¿Cuándo comenzó el Día de Expiación en el santuario celestial? Daniel revela: "Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de días, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia; su trono llama de fuego, y las ruedas del mismo, fuego ardiente. Un río de fuego procedía



¿Cómo actuaba el pueblo durante el Día de Expiación? ¿Qué hacían ellos?—Era un tiempo de profunda humillación y ayuno. No era una mera cuestión de un año de vida que estaba siendo decidida, sino una cuestión de vida eterna.

y salía de delante de él; millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él; el Juez se sentó, y los libros fueron abiertos” (Daniel 7:9, 10). Más tarde el apóstol Juan describe otra vez el santuario celestial y su servicio, pero tal como en la primera visión ve también la obra de expiación, intercesión y cuidado en los siete períodos de la iglesia del Nuevo Testamento, aunque esta vez se añade el mensaje del juicio: “Y se airaron las naciones, y tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra. Y el templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto se veía en el templo. Y hubo relámpagos, voces, truenos, un terremoto y grande granizo” (Apocalipsis 11:18, 19).

De ese modo, el mensaje de Apocalipsis 14 sobre el juicio que debía comenzar en 1844 era verdad, y esto armonizaba con la cadena de profecías. Pero este juicio debía de ser en el Cielo. Por consiguiente, en 1844 nuestro Sumo Sacerdote entró en el lugar santísimo para realizar allí la última parte de su ministerio, y allí permanecerá hasta el final del tiempo de gracia.

“Jesús es nuestro gran Sumo Pontífice en los cielos. ¿Y qué está haciendo él? Está efectuando una obra de intercesión y expiación en favor de su pueblo que cree en él. Por medio de su justicia imputada, los miembros de su pueblo son aceptados por Dios como personas que manifiestan al mundo que reconocen la lealtad al Señor, guardando todos sus mandamientos.”⁹

Comprendiendo la importante obra de nuestro Sumo Sacerdote

Hoy en día la atención del Israel espiritual se concentra en el lugar donde oficia nuestro Sumo Sacer-

dote. ¿Y cómo actuaba el pueblo durante el Día de Expiación? ¿Qué hacían ellos?—Era un tiempo de profunda humillación y ayuno. No era una mera cuestión de un año de vida que estaba siendo decidida, sino una cuestión de vida eterna. De igual manera, surgen varias cuestiones para nosotros hoy: ¿Cómo deberíamos comportarnos en el período en que nuestro destino está siendo decidido? ¿Evidenciamos realmente que vivimos en el tiempo de la purificación del santuario celestial al demostrar orgullo y arrogancia? Tal vez demasiado a menudo olvidamos la “purificación de [los] antiguos pecados” (ver 2 Pedro 1:9). Llegará el tiempo cuando el Sumo Sacerdote dejará el santuario celestial. Querido hermano, hermana, amigo: ¿Qué traerá Él consigo para ti y para mí? ¿Traerá una bendición? Tengamos fe que la sangre de este Sumo Sacerdote puede quitar nuestros pecados. Sin su intercesión no podemos quitar siquiera un pecado el cual nos impedirá a ti y a mí entrar en la felicidad de la eternidad. Mediante el sacrificio expiatorio, este pecado es transferido al santuario celestial, y luego puede ser borrado. El concepto es de tal envergadura que podemos no ser capaces de entenderlo plenamente—pero si no obstante ejercitamos la fe en nuestro Salvador todopoderoso, confiando en su gracia, Él lleva a cabo esta maravillosa redención en nuestra vida.

“No como un mero suplicante, intercede por nosotros el Capitán de nuestra salvación, sino como un Conquistador que reclama su victoria... Cristo se entregó a sí mismo para ser nuestro sustituto y nuestra seguridad, y no descuida a nadie. Él no podría ver a los seres humanos expuestos a la ruina eterna sin derramar su alma hasta la muerte en favor de ellos, y considerará con piedad y compasión a toda alma que

comprenda que no puede salvarse a sí misma.”¹⁰

Conclusión

Cuando concluya el tiempo de gracia, muchas personas reconocerán la realidad de la perdición, la inevitabilidad del castigo eterno, y la pérdida de la vida. Entonces estarían listos para dejar todo a fin de recibir la oportunidad de confesar sus pecados al Sumo Sacerdote. Cuanta gente presume de reivindicar a Cristo como suyo hoy en día, pero cuando Él venga declarará: “Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad” (Mateo 7:23). Seamos vigilantes y oremos, no sea que substituyamos la fe verdadera basada en las indiscutibles profecías bíblicas con la locura de la presunción. Tu nombre puede ser presentado en el corazón de Cristo así como había doce piedras en el pectoral de juicio del sumo sacerdote terrenal. Por la fe puedes mantener tus ojos fijos sobre Él en el santuario celestial hasta aquel glorioso momento cuando podrás clamar: “He aquí, éste es nuestro Dios, le hemos esperado, y nos salvará; éste es Jehová a quien hemos esperado, nos gozaremos y nos alegraremos en su salvación” (Isaías 25:9). Si una persona ha estado alguna vez al borde de la ruina o ha visto la muerte cara a cara—comprendiendo profundamente que le debe su vida al Salvador—será imposible olvidarlo. El sacrificio y el servicio de Cristo nunca serán olvidados en la eternidad. De igual forma, no lo olvidemos nunca durante nuestro breve tiempo de permanencia sobre la tierra. Amén.

Referencias

¹ *Patriarcas y Profetas*, pág. 136.

² *Cristo en su Santuario*, pág. 49.

³ *Patriarcas y Profetas*, pág. 369.

⁴ *Ídem.*, pág. 362.

⁵ *Testimonios para la Iglesia*, tomo 2, pág. 543.

⁶ *Patriarcas y Profetas*, págs. 363, 364.

⁷ *El Deseado de Todas las Gentes*, págs. 165, 166.

⁸ *El Conflicto de los Siglos*, pág. 476.

⁹ *Testimonios para los Ministros*, pág. 34.

¹⁰ *Palabras de Vida del Gran Maestro*, pág. 121.

EL NUEVO PACTO

*Una compilación de la Biblia y del Espíritu de Profecía,
con comentarios de B. Monteiro*

¿Cuerdas de araña?

Promesas como cuerdas de araña. ¿Cuán buenas son? ¿Quién necesita esa clase de promesa? Nadie. Tratas de sostenerte de ella, sólo para verla deshacerse y desaparecer en un segundo—dejándote terriblemente insatisfecho y decepcionado... Sí, ¡tan sólo podemos imaginar la desilusión que Jehová debe haber sentido por ser así engañado! Recuerda la escena:

“Y Moisés vino y contó al pueblo todas las palabras de Jehová, y todas las leyes; y todo el pueblo respondió a una voz, y dijo: **Haremos todas las palabras que Jehová ha dicho.** Y Moisés escribió todas las palabras de Jehová, y levantándose de mañana edificó un altar al pie del monte, y doce columnas, según las doce tribus de Israel. Y envió jóvenes de los hijos

de Israel, los cuales ofrecieron holocaustos y becerros como sacrificios de paz a Jehová. Y Moisés tomó la mitad de la sangre, y la puso en tazones, y esparció la otra mitad de la sangre sobre el altar. Y tomó el libro del pacto y lo leyó a oídos del pueblo, el cual dijo: **Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho, y obedeceremos. Entonces Moisés tomó la sangre y roció sobre el pueblo, y dijo: He aquí la sangre del pacto que Jehová ha hecho con vosotros sobre todas estas cosas**” (Éxodo 24:3–8, énfasis nuestro).

¿Es confiable una promesa?

¿Qué es un pacto? Debería ser un acuerdo confiable y muy responsable con el cual puedes contar, ¿no es así? ¡En Éxodo 24 hasta fue sellado con sangre! ¡Qué promesa tan maravillosa

había hecho el pueblo! ¿No era noble de parte de ellos el hacer tan grande declaración?

Sin embargo, y trágicamente, el vergonzoso resultado habló de forma diferente. Sólo unos capítulos más tarde, vemos la siguiente historia (que sucedió cuando Dios estaba en comunión con Moisés en el monte para beneficio del pueblo):

“Viendo el pueblo que Moisés tardaba en descender del monte, se acercaron entonces a Aarón, y le dijeron: Levántate, haznos dioses que vayan delante de nosotros; porque a este Moisés, el varón que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le haya acontecido. Y Aarón les dijo: Apartad los zarcillos de oro que están en las orejas de vuestras mujeres, de vuestros hijos y de vuestras hijas, y

traédmelos. Entonces todo el pueblo apartó los zarcillos de oro que tenían en sus orejas, y los trajeron a Aarón; y él los tomó de las manos de ellos, y le dio forma con buril, e hizo de ello un becerro de fundición. Entonces dijeron: Israel, estos son tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto. Y viendo esto Aarón, edificó un altar delante del becerro; y pregonó Aarón, y dijo: Mañana será fiesta para Jehová. Y al día siguiente madrugaron, y ofrecieron holocaustos, y presentaron ofrendas de paz; y se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantó a regocijarse” (Éxodo 32:1-6).

¿Cuál fue la respuesta de Moisés ante la grave violación del voto por parte del pueblo?

“Y aconteció que cuando él llegó al campamento, y vio el becerro y las danzas, ardió la ira de Moisés, y arrojó las tablas de sus manos, y las quebró al pie del monte. Y tomó el becerro que habían hecho, y lo quemó en el fuego, y lo molió hasta reducirlo a polvo, que esparció sobre las aguas, y lo dio a beber a los hijos de Israel. Y dijo Moisés a Aarón: ¿Qué te ha hecho este pueblo, que has traído sobre él tan gran pecado?” (Versos 19-21).

Con absoluta consternación, el fiel subpastor de Israel rompió las tablas de piedra como un poderoso ejemplo práctico a fin de demostrar al pueblo que la ley estaba destruida porque la habían quebrantado desvergonzadamente. ¿Qué lamentable clase de pacto habían hecho con su Libertador y Amigo? Estaba claro que era uno en el que no se podía confiar. ¿Por qué no? Porque de su parte, se habían apoyado únicamente en la debilidad de la fuerza humana. La autosuficiencia siempre conduce a la caída cuando bajo presión—la historia ha revelado esto desde de los días de Caín hasta el celoso Jehú, y hasta el momento en que el ferviente y jactancioso Pedro negó a su Señor. Cualquier pacto que

se apoya en los frágiles méritos de simples mortales está condenado al fracaso.

Israel y el “pacto antiguo”

“Dios los llevó [al pueblo de Israel] al Sinaí; manifestó allí su gloria; les dio la ley, con la promesa de grandes bendiciones siempre que obedecieran: ‘Ahora pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto,... vosotros seréis mi reino de sacerdotes, y gente santa.’ (Éxodo 19:5, 6.) **Los israelitas no percibían la pecaminosidad de su propio corazón, y no comprendían que sin Cristo les era imposible guardar la ley de Dios; y con excesiva premura concertaron su pacto con Dios. Creyéndose capaces de ser justos por sí mismos, declararon: ‘Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho, y obedeceremos.’** (Éxodo 24:7.) Habían presenciado la grandiosa majestad de la proclamación de la ley, y habían temblado de terror ante el monte; y sin embargo, apenas unas pocas semanas después, quebrantaron su pacto con Dios al postrarse a adorar una imagen fundida. **No podían esperar el favor de Dios por medio de un pacto que ya habían roto...**

“Los términos del pacto antiguo eran: Obedece y vivirás. ‘El hombre que los hiciere, vivirá en ellos’ (Ezequiel 20:11; Levítico 18:5.); pero ‘maldito el que no confirmare las palabras de esta ley para cumplirlas.’ (Deuteronomio 27:26.)”¹

Es verdad, Dios había sido fiel como siempre, pero lamentablemente su pueblo había quebrantado su parte del pacto. De este modo, el pacto se había vuelto nulo e invalidado. Entonces, ¿les dio la espalda Dios al estar disgustado? ¿Nos da la espalda Dios cuando está disgustado porque hacemos lo incorrecto? No, antes instruye misericordiosamente a todos los que quieren ser enseñados. Veamos lo que

podemos aprender sobre la abundante gracia de Dios:

“Como habían vivido en un ambiente de idolatría y corrupción, no tenían un concepto verdadero de la santidad de Dios, de la extrema pecaminosidad de su propio corazón, de su total incapacidad para obedecer la ley de Dios, y de la necesidad de un Salvador. Todo esto se les debía enseñar...

“Ahora sintieron su pecaminosidad, y ellos necesitaron de perdón y **necesidad del Salvador** revelado en el pacto de Abraham y simbolizado en los sacrificios. De manera que mediante la fe y el amor se vincularon con Dios como su libertador de la esclavitud del pecado. Ya estaban capacitados para apreciar las bendiciones del nuevo pacto...

“El nuevo pacto se estableció sobre ‘mejores promesas,’ la promesa del perdón de los pecados y de la gracia de Dios para renovar el corazón y ponerlo en armonía con los principios de la ley de Dios. ‘Este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: *Daré mi ley en sus entrañas, y escribiréla en sus corazones*; y... perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado.’ (Jeremías 31:33, 34.)

“**La misma ley que fue grabada en tablas de piedra es escrita por el Espíritu Santo sobre las tablas del corazón.** En vez de tratar de establecer nuestra propia justicia, aceptamos la justicia de Cristo. Su obediencia es aceptada en nuestro favor. Entonces el corazón renovado por el Espíritu Santo producirá los frutos del Espíritu. **Mediante la gracia de Cristo viviremos obedeciendo a la ley de Dios escrita en nuestro corazón.** Al poseer el Espíritu de Cristo, andaremos como él anduvo.”²

¿Qué fue capaz de declarar honestamente Jesús mientras vivió como Hijo del Hombre en la tierra? “El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agrado, y tu ley está en medio de mi corazón” (Salmo 40:8). Estaba plenamente capacitado para testificar: “No me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada” (Juan 8:29). Incluso cuando asediado por la más hiriente tentación, Jesús podía decir sinceramente: “El prínci-

“El nuevo pacto se estableció sobre ‘mejores promesas,’ la promesa del perdón de los pecados y de la gracia de Dios para renovar el corazón y ponerlo en armonía con los principios de la ley de Dios.”

pe de este mundo”—el archiengañador y enemigo de nuestras almas— “nada tiene en mí” (Juan 14:30).

“Nuestro Salvador no pudo ser inducido a ceder a la tentación ni siquiera en pensamiento.”³ Las ilegítimas y engañosas artimañas del diablo no pudieron obtener respuesta alguna del corazón de Jesús. Esta es la condición espiritual a la cual, igualmente, debemos llegar. “En esta vida es donde debemos separarnos del pecado por la fe en la sangre expiatoria de Cristo. Nuestro amado Salvador nos invita a que nos unamos a él, a que unamos nuestra flaqueza con su fortaleza, nuestra ignorancia con su sabiduría, nuestra indignidad con sus méritos.”⁴

El pacto Abrahámico

“Así como la Biblia presenta dos leyes, una inmutable y eterna, la otra provisional y temporaria, así también hay dos pactos. El pacto de la gracia se estableció primeramente con el hombre en el Edén, cuando después de la caída se dio la promesa divina de que la simiente de la mujer heriría a la serpiente en la cabeza. Este pacto puso al alcance de todos los hombres el perdón y la ayuda de la gracia de Dios para obedecer en lo futuro mediante la fe en Cristo. También les prometía la vida eterna si eran fieles a la ley de Dios. Así recibieron los patriarcas la esperanza de la salvación.

“Este mismo pacto le fue renovado a Abrahán en la promesa: ‘En tu simiente serán benditas todas las gentes de la tierra.’ (Génesis 22:18.) Esta promesa dirigía los pensamientos hacia Cristo. Así la entendió Abrahán (Véase Gálatas 3:8, 16), y confió en Cristo para obtener el perdón de sus pecados. Fue esta fe la que se le contó como justicia. El pacto con Abrahán también mantuvo la autoridad de la ley de Dios... [Ver Génesis 17:1, 7; 26:5.]

“Aunque este pacto fue hecho con Adán, y más tarde se le renovó a Abrahán, no pudo ratificarse sino hasta la muerte de Cristo. Existió en virtud de la promesa de Dios desde que se indicó por primera vez la posibilidad de redención. Fue aceptado por fe: no obstante, **cuando Cristo lo**

“Nuestro Salvador no pudo ser inducido a ceder a la tentación ni siquiera en pensamiento.”

ratificó fue llamado el pacto nuevo. La ley de Dios fue la base de este pacto, que era sencillamente un arreglo para restituir al hombre a la armonía con la voluntad divina, colocándolo en situación de poder obedecer la ley de Dios...

“El pacto hecho con Abrahán fue ratificado mediante la sangre de Cristo, y es llamado el ‘segundo’ pacto o ‘nuevo’ pacto, porque la sangre con la cual fue sellado se derramó después de la sangre del primer pacto. Es evidente que el nuevo pacto estaba en vigor en los días de Abrahán, puesto que entonces fue confirmado tanto por la promesa como por el juramento de Dios, ‘dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta’ (Hebreos 6:18).”⁵

Deshaciendo un mito común

Muchos falsos maestros de hoy tratan de engañar a las almas honestas haciendo pensar realmente que el “pacto antiguo” es la ley de los Diez Mandamientos, y que el “nuevo pacto” es simplemente la creencia en Cristo (fe sin ley). Es una peligrosa estrategia el divorciar a Cristo de la sagrada ley moral, que es la transcripción eterna de su perfecto carácter de amor. Jesús nunca brinda una vista tan distorsionada de la fe. Por lo tanto, surge una pregunta sincera: “Si el pacto confirmado a Abrahán contenía la promesa de la redención, ¿por qué se hizo otro pacto en el Sinaí?”⁶

He aquí la respuesta:

“Durante su servidumbre, el pueblo [de Israel] había perdido en alto grado el conocimiento de Dios y de los principios del pacto de Abrahán. Al libertarlos de Egipto, **Dios trató de revelarles su poder y su misericordia para inducirlos a amarle y a confiar en él.** Los llevó al mar Rojo, donde, perseguidos por los egipcios, parecía imposible que escaparan, **para que pudieran ver su total desamparo y necesidad de ayuda divina;** y entonces los libró. **Así se llenaron de amor y gratitud hacia**

él, y confiaron en su poder para ayudarles.”⁷

¿Cómo se aplica esto a nosotros hoy? El apóstol Pablo explica: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo.” “¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley.” “Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.” (Romanos 5:1; 3:31; 8:3, 4).

¿Es realmente posible guardar toda la ley moral?

“Si bajo el pacto abrahámico no hubiera sido posible que los seres humanos guardaran los mandamientos de Dios, todos estaríamos perdidos. El pacto abrahámico es el pacto de la gracia. ‘Por gracia sois salvos’ [se cita Juan 1:11, 12]. ¿Hijos desobedientes? No, obedientes a todos los mandamientos divinos. Si no fuese posible que fuéramos observadores de los mandamientos, entonces ¿por qué hace Dios de la obediencia a sus mandamientos la prueba de que lo amamos?”⁸

Ateniéndonos al nuevo pacto, recibimos la abundante gracia de Dios—su misericordia y poder—para obedecer. Cuando participamos de su palabra—comiendo y asimilando el Pan de vida—nuestra naturaleza terrenal es destruida, y somos energizados con la vida que viene desde arriba. En el nuevo pacto, ya no estamos bajo la condenación de la ley porque la ley está en nuestros corazones. “Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos. Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria

que ha vencido al mundo, nuestra fe” (1 Juan 5:3, 4).

Fuerza para el alma enferma del pecado: Reparando aquellas cuerdas de araña

Muy amados, ¿se sienten a veces indefensos—esclavizados por las cadenas de hábitos incorrectos, defectos morales, toscas imperfecciones? De ser así, no están solos:

“Al sentir el terrible poder de la tentación... más de uno grita desesperado: ‘No puedo resistir al mal.’ Decidle que puede y que debe resistir. Bien puede haber sido vencido una y otra vez, pero no será siempre así...

“Quienes confían en Cristo no han de ser esclavos de tendencias y hábitos hereditarios o adquiridos. En vez de quedar sujetos a la naturaleza inferior, han de dominar sus apetitos y pasiones. Dios no deja que peleemos contra el mal con nuestras fuerzas limitadas. Cualesquiera que sean las tendencias al mal, que hayamos heredado o cultivado, podemos vencerlas mediante la fuerza que Dios está pronto a darnos...

“Al someter nuestra voluntad a Cristo, nos aliamos con el poder divino. Recibimos fuerza de lo alto para mantenernos firmes. Una vida pura y noble, de victoria sobre nuestros apetitos y pasiones, es posible para todo el que une su débil y vacilante voluntad a la omnipotente e invariable voluntad de Dios.”⁹

“Muchos dicen: ‘¿Cómo me entregaré a Dios?’ Deseáis hacer su voluntad, mas sois moralmente débiles, sujetos a la duda y dominados por los hábitos de vuestra mala vida. Vuestras promesas y resoluciones son tan frágiles como telas de araña. No podéis gobernar vuestros pensamientos, impulsos y afectos. El

conocimiento de vuestras promesas no cumplidas y de vuestros votos quebrantados debilita vuestra confianza en vuestra propia sinceridad y os induce a sentir que Dios no puede aceptaros; mas no necesitáis desesperar. Lo que necesitáis comprender es la verdadera fuerza de la voluntad. Este es el poder que gobierna en la naturaleza del hombre: el poder de decidir o de elegir. Todas las cosas dependen de la correcta acción de la voluntad. Dios ha dado a los hombres el poder de elegir; depende de ellos el ejercerlo. No podéis cambiar vuestro corazón, ni dar por vosotros mismos sus afectos a Dios; pero podéis *elegir* servirle. Podéis darle vuestra voluntad, para que él obre en vosotros, tanto el querer como el hacer, según su voluntad. De ese modo vuestra naturaleza entera estará bajo el dominio del Espíritu de Cristo, vuestros afectos se concentrarán en él y vuestros pensamientos se pondrán en armonía con él.

“Desear ser bondadosos y santos es rectísimo; pero si sólo llegáis hasta allí de nada os valdrá. Muchos se perderán esperando y deseando ser cristianos. No llegan al punto de dar su voluntad a Dios. No *eligen* ser cristianos ahora.

“Por medio del debido ejercicio de la voluntad, puede obrarse un cambio completo en vuestra vida. Al dar vuestra voluntad a Cristo. Os unís con el poder que está sobre todo principado y potestad. Tendréis fuerza de lo alto para sosteneros firmes, y rindiéndoos así constantemente a Dios seréis fortalecidos para vivir una vida nueva, es a saber, la vida de la fe.”¹⁰

Con tales promesas como éstas—bondadosamente provistas para cada alma arrepentida por el mismo

Creador Omnipotente, no debemos esperar el fracaso. La batalla ya ha sido ganada; el sacrificio de Cristo en el Calvario garantiza la victoria.

Desde lo antiguo hacia lo nuevo

“Porque si aquel primero hubiera sido sin defecto, ciertamente no se hubiera procurado lugar para el segundo. Porque reprendiéndolos dice: He aquí vienen días, dice el Señor, en que estableceré con la casa de Israel y la casa de Judá un nuevo pacto; no como el pacto que hice con sus padres el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos no permanecieron en mi pacto, y yo me desentendí de ellos, dice el Señor. Por lo cual, este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré; y seré a ellos por Dios, y ellos me serán a mí por pueblo” (Hebreos 8:7–10).

Entonces apropiémonos sinceramente del nuevo pacto a través de Cristo. Tal experiencia no se desvanece como las cuerdas de araña. Mejor dicho, nos abraza con cuerdas fortalecidas de un amor que puede durar aún por toda la eternidad.

Referencias

¹ *Patriarcas y Profetas*, págs. 388, 389.

[Énfasis nuestro.]

² Ídem. [Énfasis nuestro. Cursivas del autor.]

³ *El Conflicto de los Siglos*, págs. 680, 681.

⁴ Ídem.

⁵ *Patriarcas y Profetas*, págs. 387, 388.

[Énfasis añadido. Cursivas del autor.]

⁶ Ídem., pág. 388.

⁷ Ídem. [Énfasis nuestro.]

⁸ *Comentario Bíblico ASD* [Comentarios de E. G. de White], tomo 1, pág. 1092.

⁹ *El Ministerio de Curación*, págs. 130–132.

¹⁰ *El Camino a Cristo*, págs. 31, 32.

[Cursivas del autor.]

SANGRE

EN EL



LUGAR SANTÍSIMO

Por D. Jeyasingh

Sangre! La sustancia roja y ligeramente acre con la cual estamos familiarizados es mencionada con solemne simbolismo. Es símbolo de la vida y de la muerte (Génesis 9:4-6). Es el vínculo común y esencial compartido por toda la humanidad, porque Dios “de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre la faz de la tierra” (Hechos 17:26).

En una época de violencia, la humanidad tiende a no dar importancia a la sangre. Cada día es deliberadamente derramada en algún sitio de nuestro planeta. Sin embargo, no es el deseo del Príncipe de Paz que su pueblo se ocupe en la búsqueda de tales noticias, ya que se nos pide: “No participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien repressedlas; porque vergonzoso es aun hablar de lo que ellos hacen en secreto. Mas

todas las cosas, cuando son puestas en evidencia por la luz, son hechas manifiestas; porque la luz es lo que manifiesta todo” (Efesios 5:11-13).

Dios sabe que los frágiles seres humanos están en serio peligro de volverse endurecidos e insensibles acerca del concepto de derramar sangre, especialmente en estos últimos días: “Por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará” (Mateo 24:12).

Para muchos de los que han crecido en la era de la televisión, películas, vídeos y DVD's, los actos violentos de derramamiento de sangre han sido atestiguados indirectamente tantas veces que la mente está casi completamente entumecida ante tal tragedia. ¿Es de extrañar que semejante generación pueda ser alcanzada con el evangelio del manso y humilde Jesús? Peor aún, para aquellos que

han sido expuestos a la guerra literal o han sido víctimas desafortunadas de la violencia en la vida real, las dolorosas impresiones grabadas de horribles escenas son aún más difíciles de borrar. Sólo con la misericordiosa ayuda de Dios pueden tales experiencias ser olvidadas y borradas de la memoria. En vista del peligro existente, el Señor nos dice: “Los pecadores se asombraron en Sion, espanto sobrecogió a los hipócritas. ¿Quién de nosotros morará con el fuego consumidor? ¿Quién de nosotros habitará con las llamas eternas? El que camina en justicia y habla lo recto; el que aborrece la ganancia de violencias, el que sacude sus manos para no recibir cohecho, el que tapa sus oídos para no oír propuestas sanguinarias; el que cierra sus ojos para no ver cosa mala” (Isaías 33:14, 15). Es verdad, no podemos evitar la

realidad de este planeta caído, pero realmente tenemos el poder de elegir sabiamente a qué cosas permitiremos exponernos, tanto nosotros como nuestros hijos. Si verdaderamente nos preocupamos por la preparación de nuestras almas para la eternidad, decidiremos cerrar nuestros ojos para no ver el mal y nuestros oídos para no oír de sangre. Entonces la hermosa y reconfortante certidumbre de Isaías puede ser nuestra también: “Éste habitará en las alturas; fortaleza de rocas será su lugar de refugio; se le dará su pan, y sus aguas serán seguras. Tus ojos verán al Rey en su hermosura; verán la tierra que está lejos” (versos 16, 17).

La excepción

A pesar de que nuestro deber es protegernos tanto como sea posible “de oír de sangre,” hay una historia de derramamiento de sangre que realmente debe ser el centro de nuestra atención—y con buena razón:

“Sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los posteriores tiempos por amor de vosotros, y mediante el cual creéis en Dios, quien le resucitó de los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza sean en Dios” (1 Pedro 1:18–21).

La preciosa sangre de Cristo es el tema sagrado alrededor del cual se centra nuestra esperanza de eternidad. “Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:12). Mientras estaba en la tierra, Jesús declaró: “Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo. Y decía esto dando a entender de qué muerte iba a morir” (Juan 12:31–33).

Simbolismo en la economía hebrea

En la antigüedad, se enseñaba a aquellos que temían a Dios un prin-

Las palabras expiar, limpiar, reconciliar, purificar, perdonar, santificar, consagrar, condonar, justificar, redimir, borrar, son todas usadas para significar la misma obra de acercarnos ante el favor divino; y en todos los casos la sangre es el medio.

cipio básico desde muy temprano: “Casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y **sin derramamiento de sangre no se hace remisión**” (Hebreos 9:22, énfasis añadido). Por lo tanto, el sistema de sacrificios fue designado para señalar a la sangre derramada del Cordero de Dios, que debía quitar el pecado del mundo.

Dios condujo a su pueblo por el desierto durante el periodo de cuarenta años antes de que ellos entraran en la Tierra Prometida. El día que lo dejaron, Dios declaró que sería el principio del año para ellos. Tres meses más tarde, el Señor apareció a Moisés en el Monte Sinaí y escribió los Diez Mandamientos y también dio a Moisés otras leyes civiles. Le mostró un modelo del santuario en el cielo y ordenó que hiciera uno (Éxodo 25:8) según el modelo. Este santuario transportable fue llamado el *miqdash*, con Aarón como el primer sumo sacerdote. Allí los complejos servicios fueron primeramente realizados. Dios usa la experiencia de esclavitud en Egipto y la liberación milagrosa como un paralelo con nuestra experiencia de esclavitud del pecado y la maravillosa liberación de él.

El santuario del primer pacto

El santuario fue el corazón del sistema típico. Allí el Señor colocó su nombre, manifestó su gloria y mantuvo conversación con el sumo sacerdote (Éxodo 25:8). El santuario incluía no solamente el tabernáculo con sus dos departamentos, sino también el atrio y todos los vasos del ministerio, rodeados por el atrio en el cual estaba situado el tabernáculo (Números 3:29–31; 10:17, 21). Los sacerdotes encabezaban las figuras o modelos del verdadero tabernáculo. Pablo llama a este el santuario del primer pacto (Hebreos 9:1), en que fueron ofrecidos tanto ofrendas como sacrificios

(verso 9). El sacerdocio del santuario terrenal del primer pacto perteneció a los hijos de Leví.

El santuario del nuevo pacto

El santuario del nuevo pacto no está en la tierra, sino en el cielo. El templo verdadero que forma parte del santuario del nuevo pacto fue hecho y erigido por el Señor. “Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación” (verso 11). Cuando ascendió a la diestra del Padre en el cielo se hizo “ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre” (Hebreos 8:2). **Es el santuario del nuevo pacto** (verso 6). El sacerdocio del santuario celestial del mejor pacto pertenece al Hijo de Dios. Él desempeña ambos sacerdocios, el de Melquisedec y el de Aarón.

Cristo: el Cordero y el Sacerdote

De todos los títulos de nuestro Salvador, “**el Cordero de Dios**” (Juan 1:29, 36) y “**sumo sacerdote**” (Hebreos 4:14) son muy queridos para la humanidad. En virtud de estos dos oficios el Señor levanta a la pobre y caída humanidad para compartir su reino de gracia y gloria. Cristo fue hecho Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec” (Hebreos 7:17). Nunca tuvo un predecesor ni tendrá un sucesor.

El Mesías fue el Cordero inmolado desde la fundación del mundo. En el servicio típico, el pecador debía traer un cordero para la ofrenda por el pecado. El sacerdote no podía realizar el servicio sin esta ofrenda (Levítico 4:27–29), pero Cristo pudo, porque tiene un sacerdocio inmutable (Hebreos 7:21, 24) superior a aquel de los hijos de Leví y la orden de Aarón.

Si realmente estamos entristecidos por nuestros pecados, necesitamos ejercitar aquel arrepentimiento del cual no hay que arrepetirse, y la sangre de Jesús tiene poder para limpiarnos, para hacernos completos y preparados para el cielo.

Siendo Él perfecto y su sacerdocio inmutable, vive siempre para hacer intercesión por nosotros.

Servicios diarios en el santuario terrenal

“El servicio diario consistía en el holocausto matutino y el vespertino, en el ofrecimiento del incienso en el altar de oro y de los sacrificios especiales por los pecados individuales.”¹

Por la nación

“Cada mañana y cada tarde, se ofrecía sobre el altar un cordero de un año, con las oblações apropiadas de presentes, para simbolizar la consagración diaria a Dios de toda la nación y su constante dependencia de la sangre expiatoria de Cristo.”²

Por los individuos

“La parte más importante del servicio diario era la que se realizaba en favor de los individuos. El pecador arrepentido traía su ofrenda a la puerta del tabernáculo, y colocando la mano sobre la cabeza de la víctima, confesaba sus pecados; así, en un sentido figurado, los trasladaba de su propia persona a la víctima inocente. Con su propia mano mataba entonces el animal, y el sacerdote llevaba la sangre al lugar santo y la rociaba ante el velo, detrás del cual estaba el arca que contenía la ley que el pecador había violado. Con esta ceremonia y en un sentido simbólico, el pecado era trasladado al santuario por medio de la sangre. En algunos casos no se llevaba la sangre al lugar santo; sino que el sacerdote debía comer la carne, tal como Moisés ordenó a los hijos de Aarón, diciéndoles: ‘Diola él a vosotros para llevar la iniquidad de la congregación.’ (Levítico 10:17.) Las dos ceremonias simbolizaban igualmente el traslado del pecado del hombre arrepentido al santuario...”

“En la ofrenda por el pecado que se ofrecía durante el año, se había aceptado un sustituto en lugar del

pecador; pero la sangre de la víctima no había hecho completa expiación por el pecado. Sólo había provisto un medio en virtud del cual el pecado se transfería al santuario. Al ofrecerse la sangre, el pecador reconocía la autoridad de la ley, confesaba la culpa de su transgresión y expresaba su fe en Aquel que había de quitar los pecados del mundo; pero no quedaba completamente exonerado de la condenación de la ley.”³

El servicio anual en el santuario terrenal

La expiación que el sumo sacerdote hacía en el décimo día del séptimo mes era diferente de aquella que los sacerdotes hacían por el pueblo en su ministerio diario. El sumo sacerdote podía entrar al lugar santísimo para hacer una expiación por **todo** Israel, por todos sus pecados, una vez al año, durante el décimo día del séptimo mes (Levítico 16:34, 29). Este fue llamado el Día de Expiación o el servicio



anual. Este servicio era para el pueblo de Israel en forma colectiva, para el borrado de los pecados—una expiación nacional.

Este era el día más importante del año. Toda la nación teniendo sus pecados perdonados por la expiación hecha en el lugar santo, se reunía ahora alrededor del santuario

mientras el sumo sacerdote (Éxodo 28) entraba en el lugar santísimo para hacer una expiación por el tabernáculo (Levítico 16:18–20, 33) y por el pueblo, “y seréis limpios de todos vuestros pecados delante de Jehová” (Levítico 16:30). Esto no sólo era conmemorativo, sino típico. Señalaba hacia atrás no solamente a la peregrinación en el desierto sino también hacia adelante al gran día de la liberación final.

“Cuando [Aarón] hubiere acabado de expiar el santuario y el tabernáculo de reunión y el altar, hará traer el macho cabrío vivo; y pondrá Aarón sus dos manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo, y confesará sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, todas sus rebeliones y todos sus pecados, poniéndolos así sobre la cabeza del macho cabrío, y lo enviará al desierto por mano de un hombre destinado para esto. Y aquel macho cabrío llevará sobre sí todas las iniquidades de ellos a tierra inhabitada; y dejará ir el macho cabrío por el desierto.” (Levítico 16:20–22).

“Puesto que Satanás es el originador del pecado, el instigador directo de todos los pecados que causaron la muerte del Hijo de Dios, la justicia exige que Satanás sufra el castigo final.”⁴

En el santuario celestial

En el santuario celestial nuestro Sumo Sacerdote con su propia sangre hace expiación por nosotros, y somos perdonados (1 Pedro 2:24). Él llevó nuestros pecados en su propio cuerpo en la cruz (Mateo 8:17; Isaías 53:4–12), y en la presencia del Padre hace intercesión por nosotros (1 Juan 2:1, 2).

“Así en el símbolo, la sangre de la víctima quitaba el pecado del arrepentido, pero quedaba en el santuario hasta el día de la expiación.”⁵

En el antitipo, nuestros pecados—aunque hubo confesión y arrepentimiento—permanecerán en los

registros celestiales (Isaías 65:6, 7; 1 Timoteo 5:24) hasta que sean borrados en el juicio (Hechos 3:19).

“Nuestra verdadera posición, y la única en la cual hay alguna seguridad, es la del arrepentimiento y confesión de pecados ante Dios. Sintiendo que somos pecadores, tendremos fe en nuestro Señor Jesucristo, el único que es capaz de perdonar la transgresión e imputarnos justicia. Cuando vengan los tiempos del refrigerio de la presencia del Señor, entonces los pecados del alma arrepentida, que recibió la gracia de Cristo y ha vencido por la sangre del Cordero, serán quitados de los registros celestiales y serán colocados sobre Satanás, el chivo expiatorio, el creador del pecado y ya no serán jamás recordados. Los pecados de los vencedores serán borrados de los libros de registro, pero sus nombres serán retenidos en el libro de la vida.”⁶

En el tipo o símbolo, la sangre de la ofrenda por el pecado quitaba el pecado del pecador, pero permanecía en el santuario hasta el Día de Expiación. De un modo similar, la sangre de Cristo, aunque libera al pecador arrepentido de la condena de la ley, no borra el pecado inmediatamente; este permanecerá en el registro del santuario hasta la expiación final.

“En el gran día del juicio final, los muertos han de ser juzgados ‘por las cosas que’ están ‘escritas en los libros, según sus obras.’ (Apocalipsis 20:12.) Entonces en virtud de la sangre expiatoria de Cristo, los pecados de todos los que se hayan arrepentido sinceramente serán borrados de los libros celestiales. En esta forma el santuario será liberado, o limpiado, de los registros del pecado. En el símbolo, esta gran obra de expiación, o el acto de borrar los pecados, estaba representada por los servicios del día de la expiación, o sea de la purificación del santuario terrenal, la cual se realizaba en virtud de la sangre de la víctima y por la eliminación de los pecados que lo manchaban.

“Así como en la expiación final los pecados de los arrepentidos han de borrarse de los registros celestiales, para no ser ya recordados, en el símbolo terrenal eran enviados al desierto y separados para siempre de

la congregación.”⁷

“Cuando el sumo sacerdote entraba en el lugar santísimo, representando el lugar donde nuestro Sumo Sacerdote suplica ahora, y rociaba la sangre expiatoria sobre el propiciatorio, ningún sacrificio de propiciación era ofrecido. Mientras el sacerdote intercedía con Dios, cada corazón debía inclinarse en contrición, suplicando perdón por la transgresión.

“El símbolo [tipo] se encontró con su realidad [antitipo] en la muerte de Cristo, el Cordero inmolado por los pecados del mundo. Nuestro grande Sumo Sacerdote ha hecho el único sacrificio que tiene valor para nuestra salvación. Cuando Él se ofreció en la cruz, se realizó una expiación perfecta por los pecados del pueblo.”⁸

Apreciando la sangre asperjada

Vivimos en el gran día de la expiación, un tiempo cuando debemos afligir nuestras almas, confesar nuestros pecados, humillar nuestros corazones ante Dios y prepararnos para el gran conflicto final. Si realmente estamos entristecidos por nuestros pecados, hemos alcanzado aquel arrepentimiento del cual no hay que arrepentirse. El apóstol Pablo describe este arrepentimiento genuino en su segunda epístola a los Corintios: “Ahora me gozo, no porque hayáis sido contristados, sino porque fuisteis contristados para arrepentimiento; porque habéis sido contristados según Dios, para que ninguna pérdida padeciéseis por nuestra parte. Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte. Porque he aquí, esto mismo de que hayáis sido contristados según Dios, ¿qué solicitud produjo en vosotros, qué defensa, qué indignación, qué temor, qué ardiente afecto, qué celo, y qué vindicación! En todos os habéis mostrado limpios en el asunto” (2 Corintios 7:9–11).

Esta clase de arrepentimiento es algo bueno y saludable. Es evidencia de la obra del Espíritu Santo en la vida, tal como Jesús explicó: “Cuando él [Consolador] venga, vencerá al mundo de pecado, de justicia

y de juicio” (Juan 16:8). Un fuerte deseo de un sincero y ferviente arrepentimiento es fuerte evidencia de la obra del Espíritu Santo obrando en nuestra vida. Confesar a Dios pecados específicos que quizás pasamos por alto antes o que podrían haber ocurrido casualmente; disculparnos unos con otros por un comportamiento irreflexivo y agravante que no notamos antes; nuevas y desinteresadas aspiraciones que sustituyen nuestros objetivos egocéntricos anteriores—todas éstas son evidencias que la sangre expiatoria ha sido asperjada sobre nuestros corazones.

Ciertamente la sangre preciosa de Jesús tiene el poder de limpiarnos y santificarnos completamente desde adentro hacia afuera hasta que seamos preparados para el cielo. ¡No dejemos de dar la debida importancia a esta sangre! Antes bien apreciemos el sacrificio hecho por Cristo y sigámoslo en el lugar santísimo, entrando por la fe en la experiencia que Él desea para cada uno de nosotros.

“Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura. Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió. Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca” (Hebreos 10:19–25). ¡Amén!

Referencias

¹ *Patriarcas y Profetas*, pág. 365.

² Ídem.

³ Ídem., págs. 367–369.

⁴ *Patriarcas y Profetas*, pág. 372.

⁵ Ídem., pág. 371.

⁶ *The Signs of the Times*, 16 de mayo de 1895.

⁷ *Patriarcas y Profetas*, págs. 371, 372.

⁸ *The Signs of the Times*, 28 de junio de 1899.



El Gran Día de Expiación

Por Adrian Finaru

Introducción

Desde el principio de mi experiencia cristiana (después de relacionarme con el mensaje de la verdad presente), he sido impresionado por el hecho que, al final de cada año, los creyentes realizaban juntos una semana especial de oración. Quedé más impresionado aún que cada año, cada creyente creía que tal vez no habría otra semana de oración antes de la venida del Señor. Sorprendentemente, desde mi primera semana de oración, he presenciado otras diecisiete y todavía oigo las mismas esperanzadas expresiones en estas ocasiones especiales. Aquí estoy en la semana de oración por décima novena vez, preguntándome a mí mismo si habrá otra semana de oración antes del regreso de mi Señor. Y si no hubiera otra, ¿dónde estaré al final del próximo año?

Mientras que la obra en el atrio y en el lugar santo era realizada diariamente, la labor en el lugar santísimo se efectuaba solamente una vez al año. Día tras día los pecadores arrepentidos llevaban su ofrenda a la puerta del santuario; colocando su mano sobre la cabeza de la víctima, confesaban sus pecados y así simbólicamente todos sus pecados eran transferidos al inocente sacrificio. Tal era la obra que continuaba día tras día a lo largo de todo el año. Los pecados de Israel eran así transferidos al santuario, y una obra especial era necesaria para su remoción. Una vez al año, durante el día de expiación, el sumo sacerdote entraba al lugar santísimo para la purificación del santuario.

El servicio diario del santuario con su sistema de sacrificios que señalaba al sacrificio de la cruz fue designado

por Dios para ejemplificar el plan de salvación a través del perdón de los pecados. El servicio anual durante el día de expiación ilustra la culminación del plan de salvación señalando hacia el día del juicio final, cuando todo lo relacionado al santuario y los servicios que señalaba serían culminados. Entonces, el pecado será completamente erradicado del universo, la justicia eterna será establecida y la gran controversia entre Cristo y Satanás tendrá finalmente un final.

Por lo tanto, es imperiosamente necesario para nosotros, que vivimos en el fin del tiempo, considerar los rituales del día típico de expiación y su aplicación antitípica.

“Todos necesitan llegar a ser más inteligentes respecto de la obra de la expiación que se está realizando en el santuario celestial. Cuando se

vea y comprenda esa gran verdad, los que la sostienen trabajarán en armonía con Cristo para preparar un pueblo que subsista en el gran día de Dios, y sus esfuerzos tendrán éxito.”¹

El día típico de expiación

A fin de entender correctamente las implicaciones de este servicio anual, resumiremos los rituales según están registrados en Levítico 16:4–28. Preparándose para la obra más importante del año, Aarón debía quitar sus ropas sacerdotales diarias, lavarse, y luego colocar vestimentas especiales, tal como había sido instruido para el servicio en el lugar santísimo. Entonces, debía obtener los animales necesarios para el sacrificio: un becerro para ofrecer por sus propios pecados, y dos machos cabríos, para el Señor y como víctima expiatoria; dos carneros, uno para Aarón y otro para la ofrenda encendida del pueblo.

Entonces, sacrificaba al becerro como ofrenda por sus propios pecados. Antes de entrar en el lugar santísimo con la sangre del becerro, tenía que quemar incienso, cuyo humo cubría el propiciatorio e impedía que muriera a causa de la gloria de Dios.

Aarón tomaba entonces un poco de la sangre del becerro y la rociaba siete veces sobre el propiciatorio. Luego se echaban suertes sobre los dos machos cabríos para determinar cuál sería para el Señor y cuál para Azazel.

El macho cabrío por el Señor era sacrificado, y su sangre se llevaba al lugar santísimo y se aplicaba sobre el propiciatorio, tal como la sangre del becerro había sido rociada. Era realizada entonces la purificación del lugar santísimo, donde a nadie más se le permitía estar presente.

Fuera de la tienda, Aarón debía hacer expiación por el altar de sacrificios, usando la sangre tanto del becerro como del macho cabrío. Entonces los pecados de la nación eran colocados simbólicamente sobre la cabeza del segundo macho cabrío y era conducido fuera del campamento a un lugar desierto.

Luego Aarón entraba en el tabernáculo de reunión, quitaba su

vestimenta de lino, la lavaba, ponía sus ropas sacerdotales comunes, y quemaba la ofrenda de los carneros: una por Aarón y su familia y otra por el pueblo.

La grasa de la ofrenda por el pecado era quemada en el altar, y los restos del becerro y del macho cabrío eran llevados fuera del campamento, donde eran quemados. Aquellos que se habían ensuciado, al tratar con los animales en los cuales los pecados de Aarón o del pueblo fueron colocados, debían lavarse antes de regresar al campamento.

Cuando se ponía el sol en el día de la expiación, todos los pecados se habían ido al “lugar separado,” y nada más que cenizas quedaban de ellos como recuerdo. Así se desarrollaba en el tipo esta obra celestial que decidirá el destino eterno de cada alma que haya vivido sobre la tierra.

El día antitípico de expiación

“[El ángel Gabriel] dijo [al profeta Daniel]: Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado” (Daniel 8:14).

Esta es la referencia profética a la obra del día antitípico de la expiación, la purificación del santuario, que comenzó al final de los 2300 días proféticos, en el año 1844, cuando Cristo entró en el lugar santísimo del santuario celestial, para realizar la obra final de expiación, preparatoria para su venida.

El mensaje del santuario es único y ha sido revelado a través de la visión y por la inspiración al pueblo del advenimiento. A lo largo del período de la iglesia de Laodicea, este mensaje ha sido desafiado por líderes religiosos y hasta por aquellos que eran supuestamente sus defensores. Existe peligro, ya sea en atacar el mensaje o volverlo ineficiente descuidando a menudo su consideración y enseñanza en nuestras congregaciones y familias. Nuestros hijos, sin importar cuán jóvenes puedan ser, tienen que familiarizarse con la obra de Cristo, ya que pronto serán ellos los que la proclamen con “gran voz.”

Durante el día típico de expiación, el destino del pueblo de Israel dependía de la obra del sumo sacerdote. Se habían llevado los sacrificios diarios

para el perdón de sus pecados con la confianza que, durante el décimo día del séptimo mes, a través de la obra de su representante, sus pecados serían borrados.

La obra del día de expiación en el lugar santísimo celestial simboliza la fase final del ministerio de Jesús en beneficio del pecador arrepentido. Con esperanza y fe en nuestro único Sumo Sacerdote, confesemos nuestros pecados diariamente y esperemos el día cuando Él habrá terminado la obra de purificación en nosotros y nos declare dignos de su salvación.

A la luz de sus promesas y perfecto ejemplo, “acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (Hebreos 4:16).

La expiación no fue completada en la cruz

Cuando Jesús murió en la cruz, ofreció perdón a todo aquel que creyera en Él, pero los pecados perdonados no fueron eliminados o borrados. Todavía permanecían en el libro de registro, esperando el juicio final. La sangre de Jesús era representada por las ofrendas de sacrificio diarias, mediante las cuales fue proporcionado un medio para transferir los pecados al santuario celestial, donde permanecerían hasta la expiación final.

“Aunque la sangre de Cristo habría de librar al pecador arrepentido de la condenación de la ley, no había de anular el pecado; éste queda registrado en el santuario hasta la expiación final; así en el símbolo, la sangre de la víctima quitaba el pecado del arrepentido, pero quedaba en el santuario hasta el día de la expiación.”²

El chivo expiatorio

Durante el día de expiación, la completa remoción de los pecados del santuario era simbolizada por la confesión hecha sobre la cabeza del macho cabrío y su conducción al desierto, para no volver jamás al campamento.

En el tipo, después de que el sumo sacerdote había terminado la obra dentro del santuario durante el día de expiación, salía llevando todos los

pecados de los hijos de Israel y los colocaba sobre la cabeza del macho cabrío. Cuando nuestro sumo sacerdote haya concluido su obra en el santuario celestial, colocará todos los pecados de los justos sobre la cabeza de Satanás, el instigador del pecado. Abandonará entonces a Satanás en la tierra solitaria durante mil años. Al final de este tiempo será puesto en libertad durante un tiempo y luego quemado para siempre en los fuegos del último día.

En el tipo, después de que el sumo sacerdote había colocado los pecados de Israel sobre la cabeza del macho cabrío, dejaba sus vestimentas de sumo sacerdote en el santuario y se colocaba otras ropas; entonces comenzaba una obra en el atrio. Cuando Cristo haya terminado su obra en el santuario celestial, no llevará vestimenta sacerdotal sino real. Ya no vendrá para salvar, sino para recompensar a cada uno de acuerdo a la elección que haya hecho mientras todavía había gracia.

El deber de los fieles durante el día de expiación

“A los diez días de este mes séptimo será el día de expiación; **tendréis santa convocación, y afligiréis vuestras almas, y ofreceréis ofrenda encendida a Jehová. Ningún trabajo haréis en este día;** porque es día de expiación, para reconciliaros delante de Jehová vuestro Dios” (Levítico 23:27, 28, énfasis añadido).

En el servicio típico, cuando el sumo sacerdote entraba en el lugar santísimo, se requería que todo Israel se reuniera al lado del santuario y de la forma más solemne humillara sus almas ante Dios, a fin de que pudieran recibir el perdón de sus pecados y no ser cortados de la congregación. Además, se requería que trajeran una ofrenda, que separaran este día con propósito religioso y no se ocuparan en actividades seculares que los distrajeran de la solemnidad de este día.

¡Cuanto más solemne deberíamos considerar este día antitípico de expiación, y cuánta más importancia deberíamos dar a la comprensión de la obra de nuestro Sumo Sacerdote, considerando qué deberes se requie-

ren que realicemos de modo que podamos beneficiarnos de la expiación, antes bien que ser cortados de la congregación de los redimidos!

1. Debe ser una santa convocación

La iglesia de Dios con sus creyentes en una misma fe es uno de los medios más eficientes de la gracia de Dios por la cual nuestros caracteres están siendo perfeccionados. No se puede enfatizar lo suficiente la importancia de reunirse con los santos. Cuando nos reunimos como un cuerpo, tenemos la oportunidad de rendir alabanza y gloria a Dios, animarnos unos a otros, y recibir instrucción y amonestación que nos ayude a permanecer en el camino recto y angosto.

El apóstol Pablo compara la iglesia con un cuerpo con muchos miembros, y enfatiza el hecho que cuando un miembro falta o sufre, el cuerpo entero sufre. Muchos creen que cuanto más avanzan los tiempos más independientes nos hacemos, y que la organización será menos necesaria. Sin embargo, la Biblia enseña que no deberíamos abandonar la asamblea “no dejando de congregarnos... y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca” (Hebreos 10:25).

La reunión del pueblo de Dios es como el dulce incienso para nuestro Padre celestial. Mediante el profeta Malaquías Él dice que cuando aquellos que temen al Señor hablan cada uno con su compañero, se escribe un libro de memoria (Malaquías 3:16). Incluso el mismo Señor promete estar presente siempre que sus queridos hijos se reúnan en su nombre, sin importar cuán pocos sean (Mateo 18:20).

“Sufrimos una pérdida cuando descuidamos la oportunidad de asociarnos para fortalecernos y edificarnos mutuamente en el servicio de Dios.”³

2. Debemos afligir nuestra alma

Vivimos en un tiempo de juicio, cuando nuestros pecados serán borrados del santuario o nuestros nombres serán borrados del libro de la vida. Entonces, ¿cuán solemne debería ser nuestra condición? Es un

tiempo de aflicción cuando la humildad debería caracterizar nuestra vida, antes que el orgullo y el amor a la frivolidad.

“Estamos en el gran día de la expiación, y la sagrada obra de Cristo que se está llevando a cabo en este momento en favor del pueblo de Dios en el santuario celestial, debería ser nuestro estudio constante. Debemos enseñar a nuestros hijos lo que significaba el típico día de la expiación, y que era una época especial de gran humillación y confesión de pecados ante Dios. El día simbolizado por la expiación ha de ser del mismo carácter.”⁴

Si un individuo dejaba de guardar el día de expiación tal como Dios había indicado, sus pecados no eran confesados sobre el macho cabrío por el sumo sacerdote, y era cortado de entre el pueblo de Dios. Igualmente, el individuo que, durante el día antitípico de expiación, piensa que Cristo defenderá su caso, mientras no hace caso de su deber, hallará que su nombre fue borrado del libro de la vida.

Como individuos y como iglesia debemos aceptar humildemente la obra de purificación de Cristo y dedicar el tiempo en un profundo escudriñamiento de corazón, ya que vivimos en el día antitípico de expiación que concluirá con resultados irrevocables.

La obra de afligirse durante el día de expiación tenía que ver con el ayuno. Dios llama a nuestra generación para afligir nuestra alma, dominar nuestro apetito, comer de forma que nos brinde una mente clara a fin de que Dios pueda comunicarse con nosotros, y podamos estar capacitados para discernir las verdades espirituales.

El Salvador dio una amonestación especial contra el mal de dar rienda suelta al apetito durante el tiempo en que los registros de las vidas humanas estén siendo examinados y los individuos estén siendo considerados dignos o indignos de la vida eterna: “Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día” (Lucas 21:34).

Dios espera que la congregación antitípica en la tierra cumpla su parte tan fielmente como Cristo, nuestro Sumo Sacerdote, cumple su parte en el cielo.

3. Ofrezcamos una ofrenda encendida al Señor

El apóstol Pablo nos invita a traer una clase diferente de sacrificio que aquella ofrecida en el día típico de expiación: “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional” (Romanos 12:1).

El apóstol Pedro va aún más lejos diciendo que nuestra ofrenda puede ser a veces hecha por el fuego, con alegría. “Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría” (1 Pedro 4:12, 13).

En su Hijo amado, Dios nos dio todo. Hizo provisión para nuestra salvación sin importar el costo. Su Hijo unigénito se hizo pobre de forma que podamos ser ricos y murió de modo que podamos vivir. Fue hecho pecado de modo que podamos hacernos santos. ¿Por qué no consideraríamos un privilegio el presentar nuestros cuerpos imperfectos y pecadores, como un sacrificio vivo?

4. No debemos trabajar

Durante el día de expiación, se requería que cada israelita dejara todo trabajo a un lado, y dedicara todos sus pensamientos a buscar y servir a Dios. La obra de Dios tenía prioridad durante el día entero.

En el presente, Satanás, por lo general, no lanzaría un ataque agresivo contra nosotros no sea que estemos conscientes y rechazemos sus estrategias. En cambio, su táctica más comúnmente usada es simplemente distraer nuestra atención de las cosas importantes que nos asegurarían la expiación. Aunque se supone que atendamos las necesidades de nuestras familias y las nuestras propias, éstas no deberían obtener el control sobre nuestra vida y llevarse los pre-

ciosos momentos que deberíamos usar en la preparación para la vida por venir. Esta era la preocupación de nuestro Señor acerca de sus discípulos, cuando les dijo: No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos?... Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mateo 6:31–33).

Recordemos que el acto de borrar los pecados del santuario terrenal dependía de la actitud de los fieles que esperaban fuera del lugar santísimo y que hoy, Dios espera que la congregación antitípica en la tierra cumpla su parte tan fielmente como Cristo, nuestro Sumo sacerdote, cumple su parte en el cielo.

El carácter de Dios vindicado

Mientras la mayor parte de los comentarios contemporáneos sobre el día antitípico de expiación insisten principalmente en la obra purificadora que Cristo hace a favor del pecador arrepentido, deberíamos recordar a los lectores de este artículo que la vindicación del carácter de Dios ante el universo es de igual importancia.

“El plan de redención tenía un propósito todavía más amplio y profundo que el de salvar al hombre. Cristo no vino a la tierra sólo por este motivo; no vino meramente para que los habitantes de este pequeño mundo acatasen la ley de Dios, como debe ser acatada; sino que vino para vindicar el carácter de Dios ante el universo.”⁵

En la culminación de la obra del plan de salvación, a través de la purificación del santuario celestial y de aquellos que mediante la fe adoran en él, el nombre de Dios será finalmente vindicado de todas las acusaciones que Satanás ha traído contra Él.

La armonía reinará nuevamente en el universo cuando todos declaren: “Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos” (Apocalipsis 15:3).

Conclusión

El Espíritu de Profecía hace referencia al interesante hecho que en la lengua inglesa, la palabra “expiación” es una combinación de tres palabras separadas y reunidas juntas, AT-ONE-MENT. Su significado es sinónimo de la palabra “reconciliar”.

Desde el primer momento en que el pecado trajo separación entre la humanidad y el Creador, era el deseo y plan de Dios el reconciliar el mundo consigo, recreando en la raza humana su propia imagen. Es mediante la obra del día final de expiación que la humanidad será otra vez RECONCILIADA con Dios.

Mientras Jesús suplica como nuestro Sumo Sacerdote, hay esperanza para cada pecador arrepentido; pero cuando Él salga finalmente del santuario, la puerta de la misericordia será para siempre cerrada. Entonces no habrá ningún intercesor. En el tipo, cuando el sumo sacerdote salía del santuario, había “concluido la reconciliación.” Cuando nuestro Sumo Sacerdote salga del santuario, proclamará: “El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía” (Apocalipsis 22:11). Cada caso está decidido para la eternidad. El tiempo de gracia está concluido para siempre.

Amados, tú y yo somos parte de los fieles que todavía esperan en el atrio, con corazones temblorosos, por los acontecimientos finales a desarrollarse y por el final del día de expiación de modo que Cristo pueda volver pronto y llevarnos al hogar. Mientras aún permanece la misericordia, examinemos rigurosamente nuestra vida a la luz del servicio del santuario, confesemos nuestros pecados más íntimos y confiemos la purificación de nuestra vida en las manos de nuestro Sumo Sacerdote, ya que “él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad (1 Juan 1:9).

Referencias

¹ *Testimonios para la Iglesia*, tomo 5, págs. 542, 543.

² *Patriarcas y Profetas*, pág. 371.

³ *El Camino a Cristo*, pág. 73.

⁴ *Testimonios para la Iglesia*, tomo 5, págs. 490.

⁵ *Reflejemos a Jesús*, pág. 42.



*Contemplando
a Jesús*

Por Paul Chapman

*Si no tuviéramos ninguna
prueba, entonces tendríamos
que dudar de si estamos en
la carrera correcta.*

Una vez hablé a una querida señora anciana que culpaba a Dios de todos sus problemas. “Si Él me ama,” cuestionaba ella, “entonces, ¿por qué tengo todos estos problemas?” Ella había estado viviendo sola durante algún tiempo y afrontado varias pruebas personales. Éstas le habían afectado. Había llegado a un punto donde incluso comenzó a dudar de si Dios oía sus oraciones. Parecía que estaba casi al punto de echar todo por la borda. Después de debatir un poco, se acercó tranquilizadamente y dijo: “No se preocupen. Lo sé. No puedes rendirte. Simplemente debes mantenerte en marcha, y dejar todo para el Señor.”

Esta conversación me recordó el pasaje bíblico que se halla en Hebreos 10:35–39: “No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón; porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa. Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará. Mas el justo vivirá por fe; y si retrocediere, no agrada a mi alma. Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma.”

A veces los problemas que encontramos en nuestra vida cristiana lanzan una pesada nube sobre nosotros. Las promesas de lo que nos depara Dios están vedadas a la vista. Se vuelve un reto mantener la confianza que teníamos en Dios al comienzo de nuestro caminar. Que no se pierda vuestra confianza, escribe el apóstol, sino “retengamos firme hasta el fin” (Hebreos 3:14). Si lo hacemos, seremos recompensados más allá de nuestra imaginación. Porque el final del sendero al cielo es una maravillosa recompensa—honra, inmortalidad y vida eterna. Pero el apóstol nos recuerda que para comprender estas promesas necesitamos paciencia. La paciencia no es algo fácil de adquirir. De hecho, es la misma razón de por qué tenemos tantas pruebas. Santiago declara la realidad de que la paciencia es producida por “la prueba de [nuestra] fe” (Santiago 1:3). Si no tuviéramos pruebas,

entonces no desarrollaríamos la paciencia que necesitamos para mantener nuestra confianza en Dios hasta el final. Sólo mediante una vida de fe seremos capaces de soportar las pruebas de la vida. Vendrán problemas, pero no podemos permitir que ellos nos hagan retroceder. Debemos seguir adelante con una creencia que resultará en la salvación de nuestra alma.

Para ayudarnos en nuestro camino, el capítulo siguiente de Hebreos define la clase de fe que necesitamos. Aquí, en Hebreos 11, el apóstol relata los maravillosos héroes de la fe. Aquí él pinta un cautivante cuadro de lo que significa vivir por la fe a través de la tribulación. Él llama a estos héroes una gran nube de testigos—testigos que deberían inspirarnos a todos a despojarnos “de todo peso y del pecado que nos asedia,” y correr “con paciencia la carrera que tenemos por delante” (Hebreos 12:1).

Corriendo la carrera

La vida cristiana es una carrera. ¿Pero qué significa esto para nosotros? La palabra griega usada aquí para “carrera” es *agone* y es la raíz de la palabra “agonía”. Esto debería darnos alguna idea acerca de lo que implica correr una “carrera.” Implica esfuerzo, abnegación y a veces, un sufrimiento significativo. En otra parte la palabra es traducida como “competición”, “lucha”, “pelea”. Al principio, esto significaba el lugar de reunión donde se organizaba la competición. Con el tiempo llegó a significar la competición en sí misma. El término alude a las antiguas competencias griegas y romanas que implicaban gran esfuerzo, dolor y sufrimiento para ganar. Esto nos ayuda a ver que nuestra carrera no es un asunto fácil. Es una competición o lucha que significará esfuerzo, dolor y sufrimiento. Pero la nuestra no es una lucha contra un enemigo físico. La nuestra es una batalla contra el yo y el pecado. Esta “guerra... es la batalla más grande que jamás se haya librado.”¹ El apóstol Pablo la llama “la buena batalla de la fe” (1 Timoteo 6:12).

“La vida cristiana es una batalla. El apóstol Pablo habla de luchas

contra principados y potestades, mientras peleaba la buena batalla de la fe. Declara otra vez: ‘Porque aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado’ (Hebreos 12:4). Oh, no, hoy se acaricia y excusa el pecado. La aguda espada del Espíritu, la Palabra de Dios, no corta profundamente en el alma. ¿Ha cambiado la religión? ¿Se ha apaciguado la enemistad de Satanás para con Dios? En un tiempo la vida religiosa presentaba ciertas dificultades y requería abnegación. Todo esto se ha hecho muy fácil ahora. Y, ¿a qué obedece? El pueblo profeso de Dios ha contemporizado con los poderes de las tinieblas.”²

En vista de esto, podemos dar gracias a Dios que tenemos pruebas y sufrimiento. Si no tuviéramos ninguna, entonces tendríamos que dudar de si estamos en la carrera correcta. Por eso el apóstol Pablo pudo decir: “Sobreabundo de gozo en todas nuestras tribulaciones” (2 Corintios 7:4). Nunca dejemos que nuestras pruebas nos desanimen de correr la carrera. Cuando somos tentados a rendirnos, dediquemos algunos momentos para contemplar las vidas de todos los que han ido antes de nosotros—a la gran nube de testigos referidos por el apóstol en Hebreos 11. Si éstos solos no son suficientes para inspirarnos a terminar la carrera, el apóstol nos da la fuente fundamental de inspiración: “Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe” (Hebreos 12:2). En esta carrera o lucha, nadie ha experimentado jamás el grado de sufrimiento y agonía que el soportado por nuestro Salvador. Por el gozo que le había sido propuesto, Jesús soportó la cruz desdeñando el escarnio y ahora está sentado a la diestra de Dios, siempre listo para asistirnos. A fin de hacer esto Jesús asumió nuestra naturaleza humana caída, debilitada y enfermiza. Rodeado de enfermedades, se le permitió experimentar el sufrimiento que surge con la prueba y la tentación.

Cuando después pensemos que nuestra suerte es difícil de soportar, contemplemos a Jesús. ¿Piensa alguno de nosotros que tiene una pesada cruz para llevar? Ninguna es más pesada que lo fue la cruz de Cristo.

¿Pensamos que tenemos grandes pruebas que soportar? Ninguna es mayor de las que soportó Cristo.

¿Pensamos que tenemos tentaciones casi aplastantes que resistir? Ninguna es mayor que aquellas a las cuales Cristo resistió. ¿Cuán grandes eran?

“Las tentaciones a las cuales Cristo fue sometido fueron de una terrible realidad. Como alguien libre de hacer lo que quisiese, fue colocado a prueba, libre de ceder a las tentaciones de Satanás e ir en contra de Dios. Si esto no fuera así, si no hubiera sido posible que cayese, no podría haber sido tentado en todos los puntos tal como la familia humana es tentada. Las tentaciones de Cristo, y su sufrimiento bajo ellas, fueron proporcionales a su carácter exaltado y libre de pecado. Pero en todo momento de angustia, Cristo se dirigió a su Padre. Él ‘resistió hasta la sangre’ en aquella hora cuando el miedo al fracaso moral era como el miedo de la muerte. Cuando Él se arrodilló en el Jardín de Getsemaní, en su agonía de alma, gotas de sangre cayeron de sus poros y humedecieron la hierba de la tierra. Él oró con fuerte clamor y lágrimas, y fue oído por Aquel a quién veneraba. Dios le fortaleció, así como fortalecerá a todos los que se humillen y se arrojen ellos mismos, alma, cuerpo y espíritu, en las manos del Dios que es fiel a su pacto.”³

Puesto que Jesús venció todas aquellas pruebas y tentaciones en la misma naturaleza caída que tú y yo poseemos, sabe exactamente qué ayuda necesitamos para vencer nuestras pruebas y tentaciones (Hebreos 2:18). Cuando nos sintamos muy oprimidos con el peso de nuestras propias pruebas, contemplemos a Jesús. Todavía no nos hemos esforzado para resistir el pecado hasta la sangre. Pero Cristo sí. Como nuestro Sumo Sacerdote, el único que puede ser tocado con los sentimientos de nuestras propias debilidades, permanece ante el trono de la gracia, listo para enviarnos la gracia que nos ayudará en tiempo de necesidad.

Al contemplar a Jesús, el apóstol nos recuerda que Jesús es “el autor y consumidor de nuestra fe.” Como autor u origen de nuestra fe, Jesús nos ha dejado un maravilloso ejem-

plo de paciencia bajo la provocación; de humildad ante el orgullo y la arrogancia; de benevolencia a cambio de odio e insulto. ¿Podemos esperar algo menos de nuestra raza? “Desde el pesebre hasta la cruz, la vida de Jesús fue una vocación de entrega de sí mismo, y de participación en los sufrimientos.”⁴

En vista de este llamado, quiero compartir dos frases cortas pero inspiradoras encontradas en *El Deseado de Todas las Gentes*:

“Desde sus más tiernos años, [Jesús] fue dominado por un propósito: vivió para beneficiar a otros.”⁵ Esta era la ambición que impulsaba su vida. Nada más tenía importancia. Sus propias pruebas y sufrimientos no le desanimaron de aquel objetivo. La oposición de los pecadores contra Él—sus burlas, sus ultrajes, sus insultos y sus críticas—todo lo soportó sin venganza, dando bendiciones a cambio de insultos. Ya sea que sanara al sordo, al mudo y al ciego, al enfermo y al lisiado; que alimentara al hambriento; que resucitara de los muertos; que orara por sus discípulos y por todos aquellos que creerían en Él; cada acto de su vida fue para bendición de los demás. Y finalmente cuando colgaba en la cruz, con el peso de nuestros pecados sobre Él—extinguendo su vida, causando tal agonía que ninguno de nosotros podrá apreciar jamás—sus últimos pensamientos fueron para el bien de los demás. Las palabras dichas a su madre que estaba a sus pies, y al ladrón que colgaba en la cruz a su lado; hasta la oración por sus mismos asesinos—“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”—todas fueron dichas en cumplimiento del objetivo de su vida. “Vivió para beneficiar a otros.” Nada pudo desviarlo de aquel propósito. En su acto final este objetivo conseguiría su pleno cumplimiento en la ratificación del Nuevo Pacto: “Serán benditas en ti todas las familias de la tierra” (Génesis 12:3). A dar su vida como rescate por el pecado, las bendiciones del Nuevo Pacto estarían disponibles para todos, tanto judíos como gentiles, esclavos como libres, hombres como mujeres. En este acto Él dio acceso a su Padre mediante un Camino

Nuevo y Vivo. Aquel camino era Él mismo.

Él soportó la cruz. No sólo la agonia física de la cruz: “Al que no conoció pecado [Cristo], por nosotros lo hizo pecado [Dios]” (2 Corintios 5:21). La angustia mental causada por el peso de nuestros pecados sobre su mente fue increíble. Isaías había predicho: “Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados” (Isaías 53:5). Del Jardín de Getsemaní hasta la cruz, aquella profecía fue cumplida. “El sentimiento de la ira de Dios contra el pecado abrumaba su vida.”⁶

Pero más que todo esto fue el sufrimiento causado al sentir que la presencia de su Padre se retiró. El eterno Hijo de Dios, por primera vez en su existencia, experimentó la separación de su Padre. ¡Esto fue demasiado de sobrellevar!

“¡Oh! ¿Hubo alguna vez sufrimiento y pesar como el que soportó el Salvador moribundo? Lo que hizo tan amarga su copa fue la comprensión del desagrado de su Padre. No fue el sufrimiento corporal lo que acabó tan prestamente con la vida de Cristo en la cruz. Fue el peso abrumador de los pecados del mundo y la sensación de la ira de su Padre. La gloria de Dios y su presencia sostenedora le habían abandonado; la desesperación le aplastaba con su peso tenebroso, y arrancó de sus labios pálidos y temblorosos el grito angustiado: ‘Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?’ (Mateo 27:46).

“Jesús unido con el Padre, había hecho el mundo. Frente a los sufrimientos agonizantes del Hijo de Dios, únicamente los hombres ciegos y engañados permanecieron insensibles. Los príncipes de los sacerdotes y ancianos vilipendiaban al amado Hijo de Dios, mientras éste agonizaba y moría. Pero la naturaleza inanimada gemía y simpatizaba con su Autor que sangraba y perecía. La tierra tembló. El sol se negó a contemplar la escena. Los cielos se cubrieron de tinieblas. Los ángeles presenciaron la escena del sufrimiento hasta que no pudieron mirarla más, y apartaron sus rostros del horrendo espectáculo. ¡Cristo moría en medio de la desesperación! Había desaparecido

la sonrisa de aprobación del Padre, y a los ángeles no se les permitía aliviar la lobreguez de esta hora atroz. Sólo podían contemplar con asombro a su amado General, la Majestad del cielo, que sufría la penalidad que merecía la transgresión del hombre.”⁷

“El castigo de nuestra paz fue sobre él” (Isaías 53:5). Parece difícil para nosotros entender cómo el Padre eterno pudo tratar a su Hijo de tal modo. Pero esta no fue la acción de un padre rencoroso que castiga a su hijo injustamente. El castigo o disciplina, infringido a Jesús, era necesario para nuestra salvación.

“Aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia” (Hebreos 5:8). El camino de la obediencia para Cristo contenía muchas pruebas, más de lo que jamás tendremos que sobrellevar. En estas pruebas se hallan los medios de castigo que Jesús sufrió a fin de traernos la paz. Nada vino a su camino que su Padre no hubiera permitido. Todo esto fue hecho para traernos la paz con Dios. Para un discípulo de Cristo, el camino de la obediencia también requiere disciplina y sufrimiento. Así como un cariñoso padre castiga a su hijo, porque ama y siente cariño por él, así nuestro Padre celestial nos castigará o educará. Esta disciplina es necesaria a fin de desarrollar en nosotros el fruto pacífico de la justicia.

Lamentablemente, muchos son tentados a dudar del cuidado y amor de Dios por ellos debido a las pruebas. Jesús no fue diferente. “Aun las dudas asaltaron al moribundo Hijo de Dios. No podía ver a través de los portales de la tumba. Ninguna esperanza resplandeciente le presentaba su salida del sepulcro como vencedor ni la aceptación de su sacrificio de parte de su Padre. El Hijo de Dios sintió hasta lo sumo el peso del pecado del mundo en todo su espanto. El desagrado del Padre por el pecado y la penalidad de éste, la muerte, era todo lo que podía vislumbrar a través de esas pavorosas tinieblas. Se sintió tentado a temer que el pecado fuese tan ofensivo para los ojos de Dios que no pudiese reconciliarse con su Hijo. La fiera tentación de que su propio Padre le había abandonado para siempre, le arrancó ese clamor angus-

tioso en la cruz: ‘Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?’”⁸

¿Cuánta gente ha pronunciado aquel mismo clamor? Si alguna vez lo hiciste, querido lector, recuerda que no estás solo. Incluso nuestro Salvador se sintió abandonado. Sus últimas grandes pruebas desafiaron al máximo su confianza en Dios. “La fe y la esperanza temblaron en medio de la agonía mortal de Cristo, porque Dios ya no le aseguró su aprobación y aceptación, como hasta entonces.”⁹

En esta experiencia Jesús dejó una lección para nosotros. Sin la seguridad de la aceptación de Dios, ¿en qué confió Él durante estas terribles pruebas? “El Redentor del mundo había confiado en las evidencias que le habían fortalecido hasta allí, de que su Padre aceptaba sus labores y se complacía en su obra.”¹⁰ ¿Cuáles eran estas evidencias? Los momentos en su experiencia pasada cuando el Padre había declarado: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mateo 3:17). Fueron esta y otras evidencias más, las palabras de Dios dichas en su favor, lo que permitió a Jesús permanecer firme hasta el final.

“En su agonía mortal, mientras entregaba su preciosa vida, tuvo que confiar **por la fe solamente** en Aquel a quien había obedecido con gozo. No le alentaron claros y brillantes rayos de esperanza que iluminasen a diestra y siniestra. Todo lo envolvía una lobreguez opresiva. En medio de las espantosas tinieblas que la naturaleza formó por simpatía, el Redentor apuró la misteriosa copa hasta las heces. Mientras se le denegaba hasta la brillante esperanza y confianza en el triunfo que obtendría en lo futuro, exclamó con fuerte voz: ‘Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu’ (Lucas 23:46). Conocía el carácter de su Padre, su justicia, misericordia y gran amor, y sometién dose a él se entregó en sus manos.”¹¹

En este acto, Jesús selló el Nuevo Pacto. Hoy ofrece las bendiciones de este pacto a todos los que crean. A causa de su incredulidad, el Israel antiguo dejó de recibir aquellas bendiciones. Se rebelaron contra la disciplina y el castigo al cual su Padre los sujetó. Nuestro peligro consiste

en que, en vez de aceptar las pruebas y la disciplina de un cariñoso Padre celestial como algo necesario para nuestro desarrollo, hagamos lo mismo. Debemos recordar que la vida de Jesús fue llamada de “participación en los sufrimientos.” La nuestra es la misma.

“Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente; quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados” (1 Pedro 2:21–24).

Apreciado lector, si tiemblan tu fe y esperanza en Dios, ¿qué deberías hacer? Contempla a Jesús y haz exactamente lo que Él hizo. Mira hacia atrás donde viste la luz por última vez; donde sentiste por última vez la consciente seguridad de la aprobación y aceptación de Dios. Es lo que Jesús hizo. Es lo que le permitió soportar hasta el final, confiar en Dios dependiendo únicamente de las promesas de su palabra. Esto es vivir por la fe. Esta es la fe de Jesús. Como consumidor, o “perfeccionador” de tu fe, Jesús está constantemente en la obra de desarrollar en ti esta misma fe. Es esta fe la que debiéramos tener si hemos de soportar hasta el final. “Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (Apocalipsis 14:12).

Referencias

- ¹ *Testimonios para la Iglesia*, tomo 3, pág. 121.
- ² *Ídem.*, tomo 5, pág. 206.
- ³ *The Youth's Instructor*, 26 de Octubre, 1899.
- ⁴ *El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 40.
- ⁵ *Ídem.*, pág. 51.
- ⁶ *Ídem.*, pág. 638.
- ⁷ *Testimonios para la Iglesia*, tomo 2, págs. 188, 189.
- ⁸ *Ídem.*, pág. 189.
- ⁹ *Ídem.*, pág. 190.
- ¹⁰ *Ídem.*
- ¹¹ *Ídem.*

Abrazando la Victoria

*Mira a lo alto, e imagina allí—
Más allá de las nubes y el espacio exterior..
A nuestro Autor y Creador que dice:
“Para ti preparo ahora un lugar.”*

*Para limpiarnos mucho sufrió,
Por todos nuestros defectos la deuda pagó.
Aunque al ver la senda en que estamos
Se lamenta: “¡Aún no estás preparado!”*

*Sus ojos contemplan toda la tierra,
Cada ciudad, cada pueblo—
Registrando claramente todas nuestras palabras;
Anotando cada pensamiento.*

*Los ángeles tienen su pluma en la mano;
Con clara precisión registran
Cada hecho bueno o malo que hacemos:
Un registro que deberemos afrontar.*

*Mientras el ingenioso enemigo con fuerza nos ataca
Y sin cesar sus dardos dispara,
Contempla—nuestro Sumo Sacerdote nos representa
¡Y aboga los méritos de su sangre!*

*Nuestra única esperanza de vida es esta:
Confesar y abandonar cada pequeño pecado.
Permaneciendo en amor y gratitud:
¡Su semejanza aún podemos obtener!*

*Cierto ángel lleva en la mano
Aquella señal especial del mismo sello de Dios,
Para terminar su obra en nosotros
A cada corazón Él suplica:*

*“Entrégate completamente, mientras puedas—
Aunque puedas parecer peculiar, raro.
El único camino hacia la dicha celestial
Es a través del unigénito Cordero de Dios.”*

*El universo observa
(Y pronto ellos seguramente reconocerán)
Para ver, que ciertamente el Señor Juez—
Es fiel, verdadero y puro y justo.*

*Y cuando al final todo esté dicho y hecho,
Una verdad se destacará sobre todas:
Será conocido por toda alma
¡Que aquel Dios en el cielo—oh, sí—¡es amor!*

—B. Monteiro